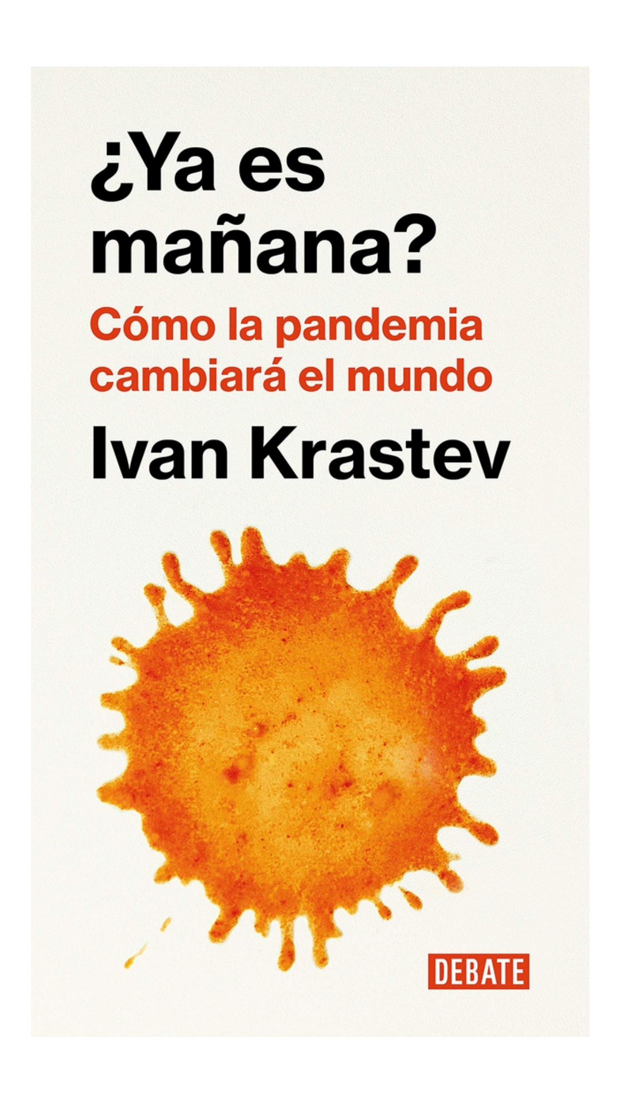
¿Ya es mañana?

Cómo la pandemia cambiará el mundo

Ivan Krastev



DEBATE


¿Ya es mañana?
Cómo la pandemia cambiará el mundo
Ivan Krastev
DEBATE

¿Ya es mañana?

Cómo la pandemia cambiará el mundo

IVAN KRASTEV

Traducción de
Carmen M. Cáceres y Andrés Barba

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks

@editorialdebate



@debatelibros



@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A Boris, Lilli y Svetoslav Bojilov, y a mi familia —Yoto, Niya y Dessy—, juntos pasamos varias semanas inolvidables, soportamos la cuarentena juntos y reflexionamos sobre la crisis del coronavirus que se desarrollaba ante nuestros ojos

El cisne gris

Supongo que nos ha pasado a todos en algún momento. De pronto, nos ha parecido estar viviendo una de esas distopías tan arraigadas en el imaginario popular. Nos hemos sentido, tal vez, como si nos vigilara una especie de Gran Hermano o nos rodeara una suerte de Matrix.

En marzo de 2020, un día cualquiera de la segunda semana de mi confinamiento por la COVID-19, un amigo me envió un correo electrónico con un divertido diagrama de Venn. Tenía doce círculos superpuestos y cada uno de ellos representaba una distopía popular. Estaban todas las famosas: *1984*, *Un mundo feliz*, *El cuento de la criada*, *La naranja mecánica* y *El señor de las moscas*. En la pequeña franja en la que coincidían todas, decía: «Usted está aquí».Y ahí estamos, efectivamente,en el centro de todas esas pesadillas. «En mitad del camino de la vida —escribió Dante en *La divina comedia*—, me hallé en medio de una selva oscura, después de dar mi senda por perdida.»

«Lo primero que la peste trajo a nuestra ciudad fue el exilio», apunta el narrador de *La peste*, de Camus. Hoy tenemos una idea bastante exacta de a qué se refería. Una sociedad en cuarentena es literalmente una «sociedad cerrada». La gente deja de trabajar, de reunirse con amigos y parientes o de ir en coche y pone su vida en suspenso.

Lo único que no podemos dejar de hacer es hablar del virus que amenaza con cambiar nuestro mundo para siempre. Estamos presos en nuestros hogares, acorralados por el miedo, el aburrimiento y la paranoia. Algunos gobiernos benévolos (y otros no tanto) vigilan de cerca a dónde vamos y

con quién nos reunimos, decididos a protegernos tanto de nuestra imprudencia como de la de nuestros conciudadanos. Los paseos por el parque sin autorización pueden acabar en multas y hasta penas de cárcel, y el contacto con otras personas se convierte en una amenaza para la propia existencia. El roce accidental con los demás equivale a una traición. Como observó Camus, la peste anuló la «singularidad de la vida de cada persona» al aumentar la conciencia de la propia vulnerabilidad y la impotencia para planificar el futuro.[1] Tras una epidemia, todos los que permanecen con vida son supervivientes.

Pero ¿cuánto tiempo durará el recuerdo de este experimento social sin precedentes? ¿Es posible que dentro de unos años lo recordemos como una especie de alucinación colectiva provocada por «una escasez de espacio compensada por un exceso de tiempo», como describió en cierta ocasión el poeta Joseph Brodsky la vida de un prisionero?

La pandemia de COVID-19 ha resultado ser un clásico «suceso cisne gris», es decir, un acontecimiento altamente probable y con capacidad para poner el mundo patas arriba, que, sin embargo, ha generado una gran sorpresa cuando se ha producido. En 2004, el Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos vaticinaba que «es simple cuestión de tiempo que aparezca una nueva pandemia parecida al virus de la gripe de 1918-1919 que acabó con la vida de veinte millones de personas en todo el mundo», y avisaba también de que un episodio de esas magnitudes podía «acabar con los viajes y el comercio mundial durante un tiempo prolongado, obligando a los gobiernos a invertir una gran cantidad de recursos en evitar el colapso de sus sistemas sanitarios».[2] En una charla de TED de 2015, Bill Gates no solo predijo una epidemia mundial causada por un virus altamente infeccioso, sino que advirtió de que no estábamos preparados para enfrentarnos a ella. Hollywood nos ha mostrado a su vez

sus propias «advertencias» con éxitos de taquilla. No es casual que no haya cisnes grises en *El lago de los cisnes*; los «cisnes grises» son el ejemplo de algo predecible e impensable a la vez.

A pesar de que las grandes epidemias no son en realidad episodios tan raros, por algún motivo su llegada siempre nos sorprende. Obligan a nuestro mundo a empezar de cero como ocurre con las guerras o las revoluciones, pero por alguna razón no permanecen, como estas, en nuestra memoria colectiva.En su maravilloso libro *El jinete pálido*, la divulgadora científica británica Laura Spinney nos muestra cómo la gripe española fue la mayor tragedia del siglo xx, por mucho que en la actualidad haya caído prácticamente en el olvido. Hace un siglo, la pandemia infectó a un tercio de la población mundial, la abrumadora cifra de quinientos millones de personas. Entre el primer caso registrado, el 4 de marzo de 1918, y el último, de marzo de 1920, la pandemia acabó con la vida de entre cincuenta y cien millones de personas. Si se mide en términos de pérdida de vidas debidas a una sola causa, la gripe española superó tanto a la Primera Guerra Mundial (diecisiete millones de muertos) como a la Segunda (sesenta millones de muertos). Es posible que matara tantas personas como las dos guerras juntas. Y sin embargo, como señala Spinney: «Cuando se pregunta cuál fue el mayor desastre del siglo xx, casi nadie responde la gripe española».[3] De forma incluso más sorprendente, los propios historiadores parecen haber olvidado la epidemia. En 2017 había registrados en WorldCat —el mayor catálogo bibliográfico del mundo— unos ochenta mil libros sobre la Primera Guerra Mundial (en más de cuarenta idiomas) y apenas cuatrocientos sobre la gripe española (en cinco). ¿Cómo es posible que una epidemia que mató al menos cinco veces más gente que la Primera Guerra Mundial haya producido doscientas veces menos libros? ¿Por qué recordamos las guerras y las revoluciones, pero olvidamos las pandemias, a

pesar de la forma tan radical en la que han cambiado nuestras economías, políticas, sociedades y arquitecturas urbanas?

Spinney cree que uno de los motivos fundamentales reside en que es más fácil contabilizar los muertos por las balas que los muertos por un virus, y la actual controversia sobre la tasa de mortalidad de la COVID-19 parece darle la razón. El otro motivo, más fundamental incluso, es que no es fácil convertir una pandemia en una buena historia. En 2015, los psicólogos Henry Roediger y Magdalena Abel de la Universidad de Washington en Missouri apuntaron que la gente tiende a recordar solo «unos pocos episodios destacados» de cualquier situación, más en concreto los «que se refieren a las situaciones de inicio, nudo y desenlace».[4] Sería francamente difícil relatar la historia de la gripe española (o de cualquier otra gran epidemia, si vamos al caso) con ese tipo de estructura narrativa. Las epidemias se parecen a los huérfanos en el sentido de que jamás podemos estar totalmente seguros de sus orígenes, pero también a las series de Netflix, porque el final de cada temporada no es más que un mero descanso antes de pasar a la siguiente. La diferencia entre una epidemia y una guerra es como la que existe entre cierta literatura modernista y la novela clásica: no hay un argumento claro en las primeras.

Puede que nuestra incapacidad para recordar las epidemias, o tal vez sea nuestro rechazo a ellas, tenga algo que ver con la aversión general que sentimos hacia la muerte y el sufrimiento aleatorios. Cuesta mucho sobrellevar el sinsentido de un dolor arbitrario; las víctimas de la actual epidemia no solo sufren una muerte trágica porque no puedan respirar,sino también porque nadie es capaz de explicar realmente el sentido de su muerte. La guerra, por su parte, contiene la promesa de una victoria heroica.

En la narrativa patriótica, los soldados no fallecen sin más, sino que sacrifican su vida por sus conciudadanos. La historia de las guerras es la historia de la gente corriente demostrando un extraordinario valor al sacrificarse para salvar a los demás. William James se refería a la guerra como «la niñera cruel que enseña a las sociedades la lección de la cohesión». Pero no hay nada heroico en ser solidario durante una epidemia. La única manera, por tanto, de recordar una peste es conmemorarla como una guerra. En la historia del arte existen cierto tipo de monumentos conocidos como «columnas de la peste», como el que se encuentra, por ejemplo, en la calle Graben, en Viena. Con frecuencia a estas columnas se las describe elocuentemente como «monumentos para conmemorar la victoria contra la peste».

La lucha mundial contra la COVID-19 no es una batalla a vida o muerte. En palabras del científico italiano Carlo Rovelli: «La muerte siempre gana al final, porque somos mortales. De lo que se trata en este enorme esfuerzo conjunto no es más que de darnos un poco más tiempo porque esta vida tan corta, a pesar de todo el sufrimiento y las dificultades que acarrea, nos parece ahora más hermosa que nunca»[5].

Pero no es solo que la COVID-19 provoque una muerte sin sentido. También provoca una muerte indigna. En todos los testimonios que tenemos de los cronistas de la época, en los años de la peste el hecho de que la gente muriera sin recibir un funeral digno era lo que más agudizaba la tragedia. En esta ocasión no es diferente. El miedo a la infección ha provocado que muchos miembros de las familias se muestren reacios a asistir a los funerales de sus parientes y en muchas ocasiones, que ni siquiera se hayan celebrado funerales.

Tenemos pocos aunque valiosos indicios de cuándo terminará la pandemia de COVID-19, pero no sabemos *cómo* lo hará. Si usamos la gripe española como guía, la pandemia ni siquiera habría llegado. Nos encontraríamos a principios del verano de 1918, y la gripe aún estaría en una primera versión más leve. Las grandes muertes y alarmas sociales todavía nos aguardarían en el futuro.

Hoy por hoy, solo podemos especular sobre su impacto político y económico a largo plazo. Los historiadores tienen claro que «una verdadera epidemia es un acontecimiento, no una tendencia»[6] o, como dice el historiador de la medicina Charles Rosenberg: «Las epidemias comienzan en un punto en el tiempo, se desarrollan en un escenario limitado tanto en espacio como en duración, siguen una línea argumental de una tensión creciente y reveladora, pasan a una crisis de carácter individual y colectivo y terminan a la deriva hasta su extinción».[7] Dicho lo cual, en este pequeño libro se sostiene que la COVID-19 cambiará nuestro mundo de una manera profunda, con independencia de que recordemos o no los días de la pandemia. El mundo se va a transformar no porque nuestras sociedades quieran cambiar ni porque exista un consenso sobre la dirección del cambio, sino porque ya no podremos volver atrás.

Hace un siglo, la gripe española llegó a un mundo ya desgarrado, exhausto y desmoralizado por la Gran Guerra. Y mató también como si se tratase de una guerra; los adultos saludables de entre veinte y cuarenta años de edad eran los que tenían más probabilidades de morir. La epidemia fue un acontecimiento global, pero la gente no la recordó de ese modo porque durante los largos años del conflicto había desaparecido la idea de un mundo compartido. La pandemia de COVID-19 promete poner fin a la globalización tal y como la conocemos. Solo podemos especular sobre si provocará también lo que suelen provocar las guerras, pero con

independencia de lo que suceda a continuación, de lo que podemos estar seguros es de que cuando se derrote al virus, una «pandemia de nostalgia» arrasará el mundo.

En el siglo XVII, se consideraba a la nostalgia una enfermedad curable, pero contagiosa. El principal síntoma era la melancolía, que se creía causada por el deseo de volver a la propia tierra o a un tiempo anterior. Con frecuencia, los afectados se quejaban de oír voces y ver fantasmas. Las víctimas tenían el «"rostro demacrado y sin vida", así como una "indiferencia total hacia todo", confundían pasado y presente, episodios reales e imaginarios».[8] Cuando la pandemia termine, la gente sentirá nostalgia por esa época en que podíamos volar con facilidad a casi cualquier parte, en que los restaurantes estaban llenos a rebosar y la muerte era tan antinatural que, cada vez que moría una persona, nos preguntábamos si había sido por negligencia médica. Aunque la gente esté ansiosa por regresar a la normalidad, descubrirá que es imposible hacerlo. Hay algo perturbador en el mundo de ayer. La diferencia entre el pasado y el presente es que nunca podemos conocer el futuro del presente, pero ya hemos vivido el futuro del pasado. Y conocemos ya el futuro de nuestro pasado; es esta pandemia de COVID-19 que sufrimos hoy.

DÉJÀ VU, UNA Y OTRA VEZ

En la última década hemos escuchado varias veces que el mundo iba a cambiar para siempre. No fue solo después del 11-S, también lo escuchamos en la Gran Recesión de 2008-2009, y en Europa tras la crisis de los refugiados de 2015. La afirmación de que el mundo nunca volverá a ser el mismo es en parte una simple predicción de que hay muchas cosas que

están a punto de cambiar, pero bien sabemos que hay cambios todo el tiempo. Sin embargo, esa afirmación significa también algo mucho más concreto, a saber, el fin del mundo liberal que nació con la caída del Muro de Berlín, un mundo caracterizado por la expansión global de la democracia y el capitalismo, y moldeado por el poder y la voluntad de Estados Unidos y sus aliados europeos. Durante todas esas crisis anteriores, los profetas afirmaron que el orden liberal había muerto, y puede que en ciertos momentos estuviese en cuidados intensivos, pero siempre conservó la capacidad de recuperarse. ¿Por qué habría de ser distinto en esta ocasión?

A mediados de marzo de 2020, muy preocupado por la propagación de la pandemia y a salvo en casa de un amigo en la campiña búlgara, comencé a sentirme cada vez más apremiado a preguntarme cómo iba a cambiar el mundo la COVID-19. Me parecía que, en el mundo poscoronavirus, se iban a intensificar ciertas tendencias y conflictos previos a la llegada del virus. En ese sentido, entiendo el virus más como un amplificador que como un agente de cambio. Lo que argumentaba entonces era que la COVID-19 pondría fin a una década de desestabilización, marcada por la desarticulación de la globalización, y que provocaría cambios muy profundos en nuestras políticas, economías y estilos de vida. Predije el regreso del Estado, amparado por una renovada confianza en la experiencia y en el conocimiento científico, y señalé también el incremento de los nacionalismos y la confusión de los límites entre la democracia y el autoritarismo que recurre al *big data*. Al igual que muchos otros, percibí la caída del liderazgo internacional de Estados Unidos (aunque no advertí necesariamente un aumento análogo de la influencia mundial de China) y fui de la opinión de que el coronavirus pondría en tela de juicio algunos de los principales supuestos sobre los que se había fundado la Unión Europea, lo que podría ser el preludio de una gran transformación del proyecto

común. Afirmé asimismo que si las cosas empeoraban, la COVID-19 podría desencadenar la desintegración de la Unión Europea.[9] ¿Hasta dónde acertaron mis primeras conjeturas?

Es célebre la advertencia del gran pensador ruso del siglo XIX Alexander Herzen de que «la historia no tiene libreto», una opinión que comparto. Mientras analizaba los cambios que podía acarrear la COVID-19, recordé una frase de *Nonsense Novels*, de Stephen Leacock: «Lord Ronald no dijo nada. Salió disparado de la habitación, se arrojó sobre su caballo y cabalgó como loco hacia cualquier lugar». Estaba convencido de que el mundo estaba a punto de cambiar, pero no me parecía que la dirección del cambio estuviera predeterminada y me daba cuenta de que nuestras predicciones eran incluso menos fiables que los test disponibles durante los primeros días de la pandemia.

Al tratar de adivinar la dirección del cambio, y al igual que muchos otros analistas, me centré en responder si habían sido las democracias o los regímenes autoritarios quienes habían afrontado mejor la pandemia, a pesar de que estaba claro que el tipo de sistema político no era un factor clave para explicar el éxito o el fracaso en la contención del virus. Como sostiene la académica estadounidense Rachel Kleinfeld: «A pesar de todos los intentos de la clase política de utilizar la crisis para defender sus propios modelos, los resultados no muestran ninguna relación clara entre efectividad y régimen político».[10] Mientras que algunas autocracias, como Singapur, han hecho un buen papel al principio, otras,como Irán,lo han hecho de forma pésima. Asimismo, algunas democracias como Italia y Estados Unidos han avanzado a trompicones,en tanto que otras, como Corea del Sur, Alemania o Taiwán, han tenido un éxito admirable. En opinión de Kleinfeld, los principales factores que determinan el éxito de una nación para contener la pandemia de COVID-19 son la experiencia

previa del Gobierno para gestionar crisis similares, el nivel de confianza social de la gente y la capacidad del Estado. Según la autora, Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur, a pesar de ser políticamente diversos, aprendieron bien la lección de la epidemia de SARS de 2002-2003 y, poco después de que el coronavirus comenzara a propagarse, desarrollaron test rápidos para adelantarse a él. Los tres países tenían leyes de emergencia que habilitaban un derecho extraordinario a rastrear el lugar en el que habían estado los infectados, y habían flexibilizado las normas de privacidad para difundir ampliamente esa información y alertar así a la gente que había estado expuesta al virus y debía hacerse la prueba. Optaron, en última instancia, por cuarentenas forzosas y muy estrictas para frenar la propagación del brote.

Todos los países que han combatido con eficacia la COVID-19 tienen altos niveles de confianza social en sus instituciones. El éxito del control de la sociedad por parte de un Gobierno depende más del cumplimiento voluntario de las leyes que de su aplicación. Si bien China, Singapur y Corea del Sur tienen sistemas políticos bastante diferentes, los tres están entre los diez primeros países del mundo en cuanto a confianza de la sociedad en su Gobierno. Y solo los gobiernos que cuentan con la confianza de sus ciudadanos pueden mantener con eficacia un costoso confinamiento.

Por el contrario, en el autoritario Irán y la democrática Italia, la escasa confianza de la población en las instituciones ha provocado que la introducción del distanciamiento social sea más problemática. La polarización política y la baja confianza en las instituciones también explican, al menos en parte, según Kleinfeld, las dificultades en Estados Unidos para afrontar la crisis.

La capacidad de un Gobierno —su destreza para intervenir en aspectos que van desde la comunicación y el suministro de productos sanitarios,

hasta el mantenimiento de la cuarentena y la fabricación de equipo sanitario — es el tercer factor crítico que según esta académica determina el éxito de la respuesta ante la crisis. Esa capacidad tiene solo una ligera relación con el PIB del país o el tipo de sistema político. La calidad de la burocracia es mucho más decisiva que el tamaño del presupuesto o incluso el gasto en sanidad.

La investigación de Kleinfeld demuestra que, si bien la pandemia del coronavirus ha intensificado la competición propagandística entre sistemas democráticos y autoritarios, su gestión global ha difuminado las fronteras entre los distintos sistemas. Las democracias se han revelado igual de dispuestas a violar la privacidad de sus ciudadanos que las autocracias y, al mismo tiempo, ha quedado claro que los líderes autoritarios están tan interesados como los democráticos —tan temerosos siempre de las próximas elecciones— de obtener una respuesta social. En palabras del filósofo político británico David Runciman: «Durante el confinamiento, las democracias han puesto de manifiesto lo mucho que tienen en común con otros sistemas políticos; también en ellas la política es, en última instancia, una cuestión de orden y poder».[11] Por decirlo de otro modo, el cambio que va a provocar la COVID-19 no será una nueva versión —autoritaria o democrática— del «final de la historia». Lo más probable es que nos deje un mundo menos ideológico, pero más inestable.

Seamos realistas, pidamos lo imposible

Hay situaciones en las que nuestras certezas se derrumban y la percepción colectiva de lo posible queda drásticamente alterada. La gente empieza a

ignorar el presente y piensa en el futuro, concentrando allí su miedo o su esperanza.

Ha hecho falta que llegara un virus para poner al mundo patas arriba. Mientras escribo estas líneas, la Unión Europea está momentáneamente paralizada y los ciudadanos se refugian en la seguridad del Estado nación. La democracia está en suspenso, hay leyes de emergencia en la mayoría de los países de Europa, los parlamentarios están en casa, se han prohibido las manifestaciones, se han postergado las elecciones y los partidos de la oposición han perdido relevancia política. Es también un mundo en el que el capitalismo ha quedado temporalmente en suspenso, con un paro por las nubes y una crisis de la economía mundial mucho más devastadora que la Gran Recesión de 20082009. Hay, de hecho, más «interferencia» gubernamental en los mercados que en ningún otro momento desde 1989, y la nacionalización provisional se ha convertido en la nueva normalidad.

Al vernos asediados por algo que considerábamos inimaginable, hoy somos capaces de imaginar cualquier cosa. Podemos imaginar de pronto que Estados Unidos logre una sanidad pública universal, que China supere a ese país como principal potencia, que se reduzca el poder del presidente ruso Vladímir Putin o que se extinga la Unión Europea o se convierta en unos Estados Unidos de Europa. Como los aviones están en los hangares y las grandes empresas contaminadoras han cerrado las líneas de producción, los activistas del medioambiente han empezado a creer que es posible su sueño de un mundo con bajas emisiones. Y, como las fronteras entre los estados miembro de la Unión Europea se han cerrado, los populistas de la derecha han empezado a pensar que tal vez no se vuelvan a abrir.

Como bien ha dicho Astra Taylor, la cineasta y activista canadiense-estadounidense: «La respuesta a la pandemia del coronavirus nos ha mostrado una realidad muy sencilla, la de que todas esas medidas políticas

que nuestros gobernantes llevaban años diciéndonos que eran imposibles e impracticables, al final son perfectamente posibles y practicables... Ahora sabemos que ciertas “normas” con las que nos hemos manejado no eran necesarias... Estamos ante una oportunidad sin precedentes, no solo para pulsar el botón de pausa y aliviar temporalmente el daño, sino también para cambiar las normas de una vez y para siempre».[12]

Una oportunidad, es cierto, pero también un gran riesgo.

No es ningún secreto que «a los hombres se les gobierna gracias a lo débil de su imaginación».[13] Al mismo tiempo que la crisis de la COVID-19 ha dado rienda suelta a la imaginación política de la sociedad, ha paralizado de forma paradójica la imaginación política de las élites. Los gobiernos se han visto obligados a aplicar duras leyes extraordinarias, pero siguen gobernando con la esperanza de que, tras la crisis, el mundo regrese al punto en el que se encontraba antes.

EL REGRESO DE LO IRRESUELTO

La política no es como el arte. En el arte, sostenía Víktor Shklovski, el mayor crítico literario ruso del siglo XX, «la percepción ordinaria es letal». «Acaba devorando las obras, la ropa, los muebles, la propia esposa y el miedo a la guerra.» Shklovski creía que una obra de arte tenía la capacidad de hacer que lo conocido se volviera desconocido, obligándonos a ver lo de siempre con una mirada nueva. La política funciona al revés, nos hace tratar lo desconocido como conocido. El arte emociona a la gente con lo «normal», mientras que la política banaliza lo excepcional.

En este contexto, la COVID-19 sacude a los políticos de su *modus operandi* habitual. Con el fin de movilizar a la opinión pública, se ven

obligados a insistir en que esta crisis no tiene precedentes, incluso en países en los que el número de infectados y fallecidos es muy bajo en el momento actual (como ocurre en mi propio país, Bulgaria). Al mismo tiempo, para convencer a la gente de que la política es capaz de resolver la crisis en cada una de sus múltiples facetas, los gobiernos europeos tienden a presentar la COVID-19 como el advenimiento simultáneo de las tres crisis que sacudieron el viejo continente en la década anterior, a saber, el terrorismo, la crisis financiera y la crisis de los refugiados.

Al bautizar al virus como «enemigo invisible» y aplicar el tipo de vigilancia que antes se empleaba para detectar a los terroristas con el objetivo de rastrear la propagación de la enfermedad, los gobiernos han hecho creer a la población que el coronavirus es una nueva forma de terrorismo. De manera semejante, el cierre de las fronteras entre los estados miembro de la Unión Europea como respuesta a la pandemia ha recordado a la crisis de los refugiados de 2015 y al temor a la propagación del nacionalismo étnico. Si bien la pandemia ha fortalecido la idea de un Estado nación fuerte, el peligro ahora es que los dirigentes políticos no lleguen a comprender la naturaleza particular del tipo de nacionalismo que ha disparado esta crisis.

Por último, el debate europeo sobre los «coronabonos» hace pensar que asistimos a una crisis financiera semejante a la de la Gran Recesión. Pero, si bien las consecuencias económicas de la COVID-19 recuerdan en muchos aspectos a aquella, los economistas coinciden en que la actual crisis no solo es más profunda, sino además esencialmente distinta. La COVID-19 ha trastocado las cadenas de suministro de todo el mundo y ha generado una crisis simultánea tanto de oferta como de demanda que provocará un enorme desempleo. Como ha señalado el historiador económico británico Adam Tooze: «Jamás se había producido antes un aterrizaje forzoso como

este. Hay algo nuevo bajo el sol. Y es aterrador». De manera similar, la reacción de los ciudadanos a las limitaciones de derechos impuestas por los gobiernos difiere de manera significativa en el contexto de la crisis del coronavirus si se compara con la «guerra contra el terrorismo». Y el nacionalismo que desencadenó la COVID-19 es profundamente distinto al nacionalismo étnico desencadenado por la crisis de los refugiados. Pero guiados por el instinto de gestionar la incertidumbre haciendo que lo desconocido parezca conocido, los políticos prefieren no ver la novedad de esta situación. No entienden el riesgo de que, al tratarla como si fuera otra recesión más, se vuelvan a instaurar amargas divisiones en Europa, y siguen aplicando políticas que tal vez funcionaron en el pasado pero que podrían no hacerlo hoy.

Este pequeño libro (un largo ensayo, en realidad) no es una predicción sobre la forma que va a tener el mundo después de la COVID-19, ni tampoco es un manifiesto sobre cómo tendría que ser. Su única ambición es la de analizar la calamidad de la COVID-19 como un fenómeno novedoso, fundamentalmente distinto de las tres crisis anteriores. Tampoco es un libro sobre el mundo en su totalidad, sino que se trata de un escrito sobre Europa. La de la COVID-19 es una crisis global, en el sentido literal de que afecta al planeta entero. Es probable que afecte con mayor gravedad al hemisferio sur; el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas ya ha advertido de que el número de personas expuestas a una incertidumbre alimentaria severa y al hambre podría duplicarse a finales de 2020, hasta alcanzar los 265 millones de personas. Es probable también que presenciemos una oleada de conflictos políticos y militares. Y deberíamos esperar nuevas olas de migración. Sin embargo, es en Europa donde la COVID-19 producirá un impacto político más radical, porque la pandemia pone en tela de juicio los cimientos sobre los que se ha construido el

proyecto europeo, en concreto la idea de que la interdependencia es la fuente más fiable de seguridad y prosperidad. Por esa razón, creo que la Unión Europea no será la misma después de la crisis. Podría desintegrarse, convertirse en una copia del siglo XXI del Sacro Imperio Romano Germánico medieval, una unión meramente nominal, o podría alcanzar la autonomía estratégica. La Unión Europea ha sido siempre la hija predilecta de la globalización,pero la amenaza de una desglobalización podría provocar una consolidación e integración aún mayores. Una cosa está clara, y es que esta no es una de esas crisis de las que la Unión Europea pueda salir del paso sin más.

1

El nacionalismo de «quédate en casa»

A principios de abril de 2020, la periodista italiana Chiara Pagano afirmó drásticamente: «Italia está ahora más cerrada de lo que Matteo Salvini jamás habría podido soñar».[1] Tenía razón. En el transcurso de una semana, la COVID-19 había cerrado más fronteras europeas que la crisis de refugiados de 2015. Durante el mes de marzo, los viajes aéreos en Europa cayeron en picado en un impactante 97 por ciento con respecto al mes anterior. Muchos liberales consideran tal disminución de los viajes una tragedia de consecuencias reales. El coronavirus había infectado el continente con un nacionalismo incurable que amenazaba la supervivencia de la propia Unión Europea, y su malévola propagación volvía a confirmar la mística de las fronteras.

La crisis de los refugiados de 2015 desestabilizó profundamente el proyecto europeo, alimentando la división entre los que abogaban por la libertad de movimiento y los que hacían presión para cerrar las fronteras y ampliar la brecha entre Europa del Este y Europa Occidental. En el transcurso de esa crisis, la mayoría de los europeos perdieron confianza en las supuestas virtudes de la globalización. El turista y el refugiado se convirtieron en los símbolos opuestos de la globalización.

El turista es el ejemplo perfecto de la cara amable de la globalización,a quien se recibe con los brazos abiertos. Ese benévolo extranjero viene, gasta, admira y se va, nos hace sentir conectados con un ancho mundo sin

imponernos sus problemas. Por el contrario, el refugiado representa su naturaleza más amenazante.[2] Acude acuciado por la miseria que hay en todo el planeta. Está entre nosotros, pero no es uno de nosotros. Reclama nuestros recursos y nos obliga a enfrentarnos a los límites de nuestra solidaridad.

La atracción de turistas y el rechazo de inmigrantes podría constituir una versión en extremo simplificada del orden mundial deseado por Europa. Sea como sea, durante la pandemia de COVID-19, los refugiados han seguido amontonándose a las puertas de Europa, mientras que los turistas se han desvanecido. Es probable que una de las consecuencias a largo plazo de esta crisis sea un aumento todavía mayor de la presión en las fronteras de Europa, debido al desplome de la economía provocado por la pandemia.

La principal víctima de la desaceleración económica será, seguramente, el hemisferio sur. El precio de los recursos naturales cae en picado, y se espera que el valor de las remesas descienda entorno al 20 por ciento, comparado con el 5 por ciento de la crisis financiera mundial de 2008, y el receso de las inversiones extranjeras provocará que la gente busque oportunidades fuera de sus países de origen. Al mismo tiempo, la posibilidad de que los turistas regresen a Europa en un futuro próximo es bastante tenue. Los europeos verán más inmigrantes en sus fronteras en un momento en el que el cierre fronterizo no es una manifestación de la falta de solidaridad, sino más bien una versión geopolítica del distanciamiento social. Todas esas cuestiones podrían derivar en una victoria del nacionalismo étnico y del populismo nativista en la política europea.

La Unión Europea surgió del violento crisol de los nacionalismos del Viejo Continente, algo que explica la fuerte aversión de muchos proeuropeos a cualquier idea que transmita el más mínimo tufo nacionalista. No es difícil de entender el miedo de los liberales a que la pandemia de

coronavirus genere un brote de banderas al viento, sobre todo si tenemos en cuenta que la xenofobia ha acompañado históricamente a las epidemias. Esos estallidos han sido también frecuentes, y con la precisión de un reloj, en el marco actual. En Italia, se culpó a la población de inmigrantes chinos de lo que se ha denominado el «virus de Wuhan». Sin embargo, en términos históricos, puede que las primeras etapas de esta pandemia no se recuerden tanto por el aumento de la xenofobia como por la ausencia total de medidas contra el odio étnico.

Ya hemos visto que el «cierre nacional» provocado por la crisis de la COVID-19 no es muy distinto al de la crisis de refugiados a la que se enfrentó Europa en 2015. Si bien ha vuelto a poner en primer plano varias cuestiones relacionadas con el debate sobre la migración, el «nacionalismo de quédate en casa» es de una naturaleza sustancialmente distinta de la del nacionalismo étnico.

¿DÓNDE ES «CASA»?

La mayoría de nosotros nunca ha vivido de primera mano una guerra, un golpe militar o un toque de queda, pero todos sabemos de forma instintiva que el primer impulso de la ciudadanía en un momento de peligro grave es aceptar el cierre de las fronteras nacionales. Al adoptar esta medida, los políticos muestran su disposición a asumir la responsabilidad de lo que ocurra en el interior de sus propios estados. Y al igual que las personas buscan refugio en su país, también buscan refugio en su lengua materna. Los psicólogos han demostrado que la gente recurre a su lengua materna en momentos de gran peligro. En mi infancia en Bulgaria, aprendí una valiosa lección viendo decenas de películas soviéticas sobre la Segunda Guerra

Mundial. Uno de los momentos más peligrosos para las espías soviéticas durante el Tercer Reich era el parto, pues no podían evitar gritar en su ruso natal.

El mensaje que exhorta a la gente a «quedarse en casa» ha ayudado a definir el hogar no solo en términos pragmáticos —el mejor lugar para vivir y trabajar—, sino también en un sentido metafísico. En «casa» es donde deseamos estar en los momentos de grave peligro. Cuando nos dimos cuenta de que nos enfrentábamos a un largo periodo de distanciamiento social, en mi familia decidimos regresar a Bulgaria, algo que me pilló por sorpresa. En muchos sentidos no era una decisión racional. Llevamos una década viviendo y trabajando en Viena, y nos encanta la ciudad. El sistema de salud pública austriaco es mucho más fiable que el de Bulgaria, y tenemos amigos allí en los que podríamos haber confiado en caso de emergencia. Aun así, lo que nos trajo de vuelta a Bulgaria fue la comprensión de que debíamos «quedarnos en casa», y, tanto para mi esposa como para mí, Bulgaria es nuestra casa. En ese momento de crisis queríamos estar cerca de las personas y los lugares que conocemos de toda la vida. Y no fuimos los únicos; doscientos mil búlgaros que residían en el extranjero hicieron lo mismo. Para muchos de ellos, «casa» significaba sencillamente un lugar lo bastante grande como para poder sobrevivir varias semanas.

El cierre de las fronteras no es una simple cuestión de instinto histórico, es además la forma más habitual de luchar contra las epidemias. También el modo en que los estados practican el distanciamiento social. En 1710, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico José I decidió bloquear la propagación de una enfermedad procedente de los Balcanes mediante un *cordon sanitaire* a lo largo de la frontera sur del Imperio de los Habsburgo con el Imperio otomano. Sus medidas fueron en gran parte exitosas, aunque

no lo bastante como para salvar su propia vida; murió de viruela en 1711. Sin embargo, las restricciones de movimiento del imperio duraron hasta mediados del siglo XIX.

A mediados del siglo XVIII, había unas dos mil torres de vigilancia fortificadas y ubicadas cada ochocientos metros, interrumpidas por diecinueve pasos fronterizos con instalaciones que registraban, alojaban y aislaban a todos los que ingresaran durante al menos veintiún días, antes de otorgarles pasaportes para el territorio del imperio. Los cuarteles se desinfectaban a diario con azufre o vinagre, y los productos comerciales se clasificaban según su grado de transmisión de gérmenes. Los agentes de los Habsburgo destinados en territorio otomano proporcionaban servicios de inteligencia que permitían a los funcionarios ajustar los tiempos de cuarentena, o incluso suspenderlos temporalmente. Las leyes se aplicaban de forma estricta. Como señaló un observador inglés: «A quien se atreve a violar las leyes de la cuarentena, se lo juzga con premura militar. En el juzgado, se grita la sentencia desde un tribunal que queda a unos cincuenta metros de distancia [...] y después se lo fusila cuidadosamente y se lo entierra de cualquier manera».[3]

Durante la crisis de refugiados en Europa de 2015, el nacionalismo se presentó bajo el disfraz de guerra cultural. Era «nosotros» contra «ellos», y se empleaba un tono agresivo y excluyente. Los nacionalistas hacían nerviosas declaraciones sobre la destrucción de la cultura nacional a causa de la afluencia de extranjeros. Los búlgaros que vivían fuera de Bulgaria formaban parte del «nosotros», pero a las minorías que vivían en el país —muchas de ellas llevaban siglos allí— se las trataba como extranjeras. La COVID-19 ha sustituido ese nacionalismo cultural por un nacionalismo orientado a la salud pública, con una xenofobia invertida cuya naturaleza es más territorial e inclusiva. El extranjero ya no es la persona que no nació aquí, sino la que no está aquí en este momento; ahora importa más la residencia que el pasaporte. Portugal es un gran ejemplo de este giro. El mismo día en que el Gobierno portugués cerró el país, declaró que todos los extranjeros con solicitudes pendientes serían tratados como residentes

permanentes al menos hasta el 1 de julio. Durante la crisis de los refugiados, en muchos países el debate público se agitó imaginando a los inmigrantes que no habían venido aún pero que podían llegar a hacerlo. En la crisis presente, los únicos inmigrantes que importan son los que ya están en el país.[4]

En su libro *Once Within Borders*,[5] el historiador de Harvard Charles S. Maier sostiene que el territorio es un invento sociopolítico que permite gobernar a las personas y que les otorga una identidad distinta a la de su origen. «El territorio es, por tanto, un espacio de decisión. Establece el especial alcance de la legislación y las decisiones comunales. Por otra parte, define también el ámbito de poderosas lealtades colectivas [...]. En la era de la globalización, el territorio ha perdido parte de su importancia como "espacio de decisión".»[6] Muchas personas nos hemos trasladado a vivir y trabajar fuera de nuestro territorio, pero eso no ha implicado que perdiera su atracción como «espacio de identidad» para nosotros. El «nacionalismo de quédate en casa» que ha desencadenado la COVID-19 ha restablecido el territorio tanto como espacio de decisión como de identidad.

Como ya señalé en mi libro *Europa después de Europa*, la histeria contra lo extranjero que marcó la respuesta a la crisis de los refugiados de 2015 en Europa Central tenía sus raíces en el trauma de la emigración; muchos jóvenes de Europa del Este se habían trasladado a vivir y trabajar a Europa Occidental tras el final de la Guerra Fría. El miedo a la despoblación y la sensación de abandono son también patentes en la crisis actual. El coronavirus ha evidenciado de forma dolorosa el éxodo de muchos profesionales de la medicina de Europa Central y del Este. Como resultado de tal situación, casi la mitad de los médicos y enfermeros de países como Bulgaria son mayores de cincuenta años. Pero, mientras durante la crisis de los refugiados, los búlgaros, rumanos y polacos soñaban con que regresaran

sus compatriotas, en los oscuros días de la COVID-19 la esperanza es que vuelvan solo cuando se haya vencido al virus. Los compatriotas que han regresado de zonas infectadas por coronavirus han sido tan mal recibidos como cualquier extranjero, y los gobiernos han dejado claro que durante la pandemia solo se responsabilizarán de aquellos ciudadanos que hayan decidido permanecer en el interior de sus ciudades. El Gobierno ya no considera de su responsabilidad a los búlgaros que, por el motivo que sea, hayan decidido permanecer fuera del país.

En ese sentido, las primeras fases de la crisis del coronavirus se caracterizaron no tanto por la crítica de los «nativos» a los extranjeros como por la indignación de la población rural ante la invasión de los propietarios de segundas residencias. Los medios de comunicación daban cuenta a diario de cómo los prósperos residentes de la ciudad huían del epicentro de la crisis hacia dichas residencias, en las que la proximidad a la costa o a las montañas reducía las incomodidades del confinamiento, mientras que una buena conexión a internet les permitiría seguir trabajando a distancia. Su llegada enfureció a los lugareños, que temieron la propagación del virus en unas zonas que cuentan con menos hospitales y capacidad para asumir un aumento de los enfermos, y con ancianos con escasos ingresos en peligro. Francia, con sus 3,4 millones de segundas residencias, es un claro ejemplo de lugar en el que la decisión de la clase media acomodada de huir de los grandes centros urbanos se interpretó como una muestra más de la arrogancia y el egoísmo de los que tienen dinero.

La incómoda ironía es que las segundas residencias en Europa son, en sí mismas, una herencia de la peste. En el siglo XIV, tras los primeros brotes de la peste negra, muchos habitantes de las ciudades de la Italia renacentista comenzaron a invertir en fincas rurales, en parte para asegurarse un suministro de alimentos durante la crisis. Pasaban cada vez más tiempo en

el campo, sobre todo durante los meses de verano, en los que la peste estaba en su peor momento, de manera que la vida en las villas se volvió muy popular entre las familias acaudaladas. En la pandemia actual, las segundas residencias se han convertido de nuevo en refugios seguros, pero, esta vez, a los locales no les ha hecho ninguna gracia.

El auge del nacionalismo provocado por la pandemia ha contribuido significativamente al retorno del protagonismo del Estado nación. Tras el colapso en 2008 de Lehman Brothers y Bear Stearns, muchos analistas opinaron que era inevitable que la desconfianza en los mercados financieros llevase a una mayor confianza en los gobiernos. No era una idea nueva. En 1929, tras el comienzo de la Gran Depresión, la gente exigió una mayor intervención gubernamental para compensar los fallos del mercado. En la década de los setenta fue al revés; la gente estaba decepcionada con la intervención estatal, por lo que el mercado volvió a cobrar fuerza, antes de imponerse durante la siguiente década con Reagan y Thatcher a la cabeza.La paradoja de la Gran Recesión de 2008-2009 es que la desconfianza en el mercado no generó presiones que reclamaran una mayor intervención del Gobierno. A pesar del entusiasmo con que los activistas del Occupy de todo el mundo trataron de imaginar una política y una sociedad distintas, el Estado no se sintió responsable de esa tarea.

Algunas repercusiones ideológicas de las experiencias de Europa en materia de recesión económica pueden verse en uno de los relatos de *El Decamerón*, el gran libro de Giovanni Boccaccio. Giannotto di Civignì se impone la misión personal de convertir al cristianismo a su amigo Abraham, un judío parisino, para salvar su alma. Cierto día, Abraham se marcha a Roma y le dice a Giannotto que solo sabrá si realmente se quiere convertir cuando conozca a los dirigentes de la Iglesia.Consciente de la corrupción del clero católico, Giannotto pierde la esperanza en la

conversión de Abraham. Pero, a su regreso, este se convierte, ya que ha llegado a la conclusión de que si el cristianismo sigue creciendo a pesar de tener una jerarquía tan corrupta, lo más probable es que porte la verdadera palabra de Dios.

Podríamos afirmar que algo semejante le ha ocurrido al neoliberalismo a resultas de la crisis financiera internacional de 2008. Muchos europeos pensaban que si el neoliberalismo había conseguido salir ileso de una debacle económica que él mismo había ayudado a provocar, solo podía tratarse de la religión verdadera, pero una década más tarde, la COVID-19 ha obligado a la gente a reconsiderar el papel del Gobierno en su vida. Como consecuencia de la pandemia del coronavirus, la gente confía ahora en el Estado para la organización del sistema de salud pública, y cuenta con las instituciones gubernamentales para el rescate de unas economías en caída libre. En un giro interesante, la eficacia de los gobiernos ahora se mide por la capacidad para cambiar el comportamiento cotidiano de las personas. En el contexto de esta crisis, la inactividad se ha convertido en la acción más visible. Las personas se han mostrado dispuestas a aceptar importantes restricciones de sus derechos, pero no toleran que los gobiernos no estén preparados para entrar en acción.

Esta percepción de la COVID-19 como una crisis similar a la de los refugiados en Europa ha provocado que pasen desapercibidos dos aspectos de la crisis. El primero es que las medidas de distanciamiento social, si bien confieren un extraordinario poder a los gobiernos nacionales, también refuerzan la presencia de los gobiernos locales y las identidades regionales. El segundo es que el cierre de las fronteras europeas puede revelar los límites del nacionalismo. En un momento en que la ansiedad económica tiene dominado el debate público, puede que los europeos se den cuenta de que, a diferencia de lo que sucedió en el siglo XIX, el nacionalismo es

económicamente insostenible. Estados Unidos y China pueden mantener la ilusión de la autosuficiencia en lo que respecta a sus respectivas economías, y la Unión Europea podría llegar a beneficiarse de una cuidadosa desglobalización, pero los pequeños estados nación de Europa no serán capaces ni por asomo. Los europeos no tardarán en comprender que el único amparo posible es el tipo de proteccionismo que les garantizaba una asociación con el resto del continente.

EN CASA, PERO EN HABITACIONES DISTINTAS

Visto a cierta distancia, el coronavirus puede parecer en esencia igualitario. A diferencia de otras enfermedades como podría ser el cólera, su caldo de cultivo principal no son los barrios urbanos superpoblados por gente pobre y con la red de abastecimiento de agua contaminada. El coronavirus no discrimina, ataca a ricos y a pobres por igual. Pero una mirada más atenta nos obliga a matizar esta perspectiva. El virus ha golpeado a sociedades divididas por distintos tipos de desigualdad, y los primeros datos que nos han llegado de Estados Unidos demuestran claramente que los ingresos y la raza desempeñan un papel determinante a la hora de determinar quiénes serán las víctimas mortales. Como sostiene Stephen Holmes, las pandemias acentúan la «distribución desigual del peligro» que existe en una sociedad —una movilidad descendente hacia la tumba— y no solo la distribución desigual de los recursos y las oportunidades para la movilidad ascendente. [7]

Y es que, aunque el coronavirus no trate a todos por igual, sí refuerza la idea —la realidad, más bien— de que todos vivimos en el mismo mundo. A diferencia de la pasada recesión, esta vez los ricos y poderosos no pueden

coger su dinero y largarse sin más. Con los aeropuertos cerrados, las élites se han quedado sin salida de emergencia. En tiempos de pandemia, no hay diferencia entre —por utilizar las palabras del analista británico David Goodhart— la «gente de ninguna parte» y la «gente de algún lugar».[8] El coronavirus nos ha unido a todos en un espacio común, y esta vez «la gente de ninguna parte» parece estar buscando desesperadamente un lugar. Pero vivir en el mismo mundo no es lo mismo que vivir en uno compartido o en uno justo. En tiempos normales, las élites tienen la capacidad de viajar. En tiempos de COVID-19, tienen la capacidad de quedarse en casa.

En la típica pesadilla del siglo XX, una guerra nuclear amenazaba con matar a todo el mundo de un solo golpe; en el caso del coronavirus, los jóvenes europeos que cometieron la estupidez de salir de fiesta durante la pandemia solo se arriesgaban a pasar un tiempo enfermos, mientras que sus padres y abuelos tenían más posibilidades de morir. En este sentido, la pandemia recuerda al cambio climático; se trata de un desastre global que nos afecta de forma diferente a cada uno de nosotros. Mientras que el terrorismo supone una amenaza asimétrica, el coronavirus provoca miedos asimétricos. El sociólogo francés Bruno Latour ha elaborado una explicación muy convincente sobre por qué los políticos nativistas como Trump niegan que exista la amenaza del calentamiento global. No se trata de que no puedan ver el problema o que no confíen en la ciencia. Lo que les preocupa más bien es la afirmación de que todo el mundo vaya a morir o a sobrevivir, porque su intuición política más profunda es una suma de tipo cero; para que algunas personas sobrevivan, otras tienen que morir. Rechazan el internacionalismo de corte liberal porque contiene la promesa de una cooperación internacional que puede salvarnos a todos.[9] Hay una lógica similar en su respuesta a la COVID-19. Así como el cambio climático afecta a lugares y personas según la ubicación geográfica, la

COVID-19 también discrimina a partir de condiciones preexistentes tales como ser negro o pobre en Estados Unidos.

El coronavirus también discrimina por edad en cuanto a quién sobrevive a la infección y provoca, por tanto, un fuerte impacto en las dinámicas intergeneracionales. En los debates sobre los riesgos del cambio climático, los jóvenes se han mostrado muy críticos con la generación de sus padres por no tomarse el futuro en serio. El coronavirus invierte esa dinámica, de manera que los sectores más envejecidos de la sociedad, más vulnerables, se sienten amenazados por la poca disposición de los jóvenes a cambiar de estilo de vida. Si la crisis se prolonga en el tiempo, este conflicto intergeneracional se intensificará. Por otra parte, el distanciamiento social nos ayuda a imaginar cómo es la vida de nuestros padres y abuelos, ya que el «quedarse en casa» era exactamente lo que hacían antes de la pandemia. Al charlar con mi madre, me daba cuenta de que ya antes de la pandemia ella se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, temiendo a la muerte, rezando para que los médicos tuvieran el equipo necesario para hacer su trabajo y, como todas las abuelas, esperando que llamaran sus nietos.

Pero aunque es cierto que una infección de la COVID-19 es mucho más peligrosa para las personas mayores, es la generación joven la que sufrirá más las consecuencias económicas de la pandemia. En un impactante informe recién publicado en Estados Unidos se recoge el hecho de que el 52 por ciento de las personas menores de cuarenta y cinco años ha perdido su empleo, se les ha dado de baja o han visto reducida la cantidad de horas que trabajaban debido al brote. Y eso que hace solo una década que la Gran Recesión golpeó a la generación más joven de Occidente. A sus treinta y pocos años, los *millenials* del sur de Europa han sufrido ya dos tremendas crisis económicas. El 40 por ciento de los jóvenes italianos y la mitad de los jóvenes españoles estaban en paro a mediados de la pasada década. En

Estados Unidos, los investigadores ya han empezado a hablar de una generación C, en alusión al coronavirus. Esa generación será la más afectada por la pandemia, ya se trate de bebés recién nacidos, niños, estudiantes universitarios o los que están intentando acceder ahora a su primer trabajo. Es posible que esa generación acabe creciendo en una recesión catastrófica.

La COVID-19 no solo ha reforzado y aumentado las grietas sociales y políticas preexistentes, sino que también ha creado otras nuevas. Cuando los gobiernos de todo el mundo decidieron adoptar medidas de confinamiento, los analistas apuntaron enseguida que el distanciamiento social era para muchas personas un lujo de clase media. Hubo quien lo vio justo al revés. Uno de los eslóganes más populares entre los manifestantes de derecha contra el confinamiento en Estados Unidos decía: «Distanciamiento social = comunismo». La sociedad se ha dividido también entre quienes realizan trabajos esenciales y quienes pueden trabajar desde casa. La famosa propuesta de realizar pruebas de anticuerpos y emitir pasaportes de inmunidad ha sido ampliamente aplaudida por el empresariado, ya que facilitaría una apertura más rápida de la economía. Pero eso asimismo dividiría a la sociedad en dos grupos; los que pueden moverse con libertad y representan un bajo peligro para los demás, y los considerados de alto riesgo. No sería ninguna sorpresa que las empresas estuvieran mucho más dispuestas a dar empleo a quienes ya tienen anticuerpos.

Cuando las sociedades empezaron a poner sobre la mesa sus estrategias de salida del confinamiento, una de las opciones que se discutieron en Reino Unido y en otros países fue la de dejar que los jóvenes llevaran la delantera, empezando, tal vez, por reabrir las escuelas, para permitir luego el regreso al trabajo a los jóvenes, ya que tenían menos probabilidades de

caer gravemente enfermos si contraían el virus. Algunos expertos en política sugirieron que se eliminaran las restricciones a los veinteañeros que no vivían con sus padres, lo que implicaría la salida de unos 4,2 millones de personas. Hubo quien bromeó sobre que la medida de «los jóvenes primero» acabaría estableciendo un «máximo de edad para el suministro de alcohol en los bares». Pero todas las medidas generan ganadores y perdedores, y si las restricciones por la COVID-19 duran lo suficiente, no hay duda de que acabarán reconfigurando nuestras sociedades.

2

La democracia como dictadura de las comparaciones

Las epidemias infectan de miedo a la sociedad. Puede que saquen lo mejor de las personas, pero también sacan lo peor de los gobiernos. En literatura, las epidemias son una metáfora habitual de la pérdida de la libertad y el comienzo del autoritarismo. Para Maquiavelo, la peste y la enfermedad ilustran lo que sucede en el cuerpo político cuando se permite el mal gobierno y la corrupción, mientras que *La peste*, de Camus, es una parábola del fascismo. ¿Podemos decir, por tanto, que la llegada del coronavirus supondrá la caída de las democracias liberales de Occidente? ¿O que el virus infecta a las sociedades con autoritarismo?

Según un informe publicado en abril de 2020 por *openDemocracy*, más de dos mil millones de personas viven en la actualidad en países en los que los parlamentos están en suspenso o con una actividad limitada como medida de emergencia frente al coronavirus.[1] Pero no se trata solo de los parlamentos. El confinamiento también ha debilitado el papel de los juzgados. Se ha prohibido a la gente salir de casa. Las elecciones se han aplazado o se han llevado a cabo en circunstancias que han vuelto imposible una competencia justa. Han proliferado las restricciones a los medios de comunicación, y aunque una información fiable es uno de los aspectos más importantes durante una pandemia, la crisis económica amenaza la mera supervivencia financiera de una buena cantidad de medios de comunicación cuya función es obtener y transmitir dicha información.

Muchos analistas políticos temen que la pandemia lleve a los populistas al poder y que, una vez al mando, los demagogos utilicen la crisis para asfixiar la democracia e imponer un tipo de gobierno más autoritario. Según dichos analistas, la consecuencia política de la COVID-19 a largo plazo será una legislación más restrictiva que seguirá en vigor mucho después de que se haya derrotado al coronavirus. Sugieren también que la consecuencia geopolítica más importante de esta crisis será un aumento de la influencia internacional de China.

Comparto la mayoría de esos miedos. La COVID-19 es particularmente peligrosa para las personas que ya sufrían de algún tipo de afección, y las democracias liberales occidentales llevan sufriendo una disfunción considerable durante la última década, con una dramática caída de la confianza en los sistemas democráticos. Los partidos populistas no han dejado de crecer en esas sociedades cargadas de enfado y frustración. Hay dos influyentes libros cuyos títulos hacen referencia a esa idea:*Cómo mueren las democracias*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt,[2] y *Así termina la democracia*, de David Runciman.[3] Cabe esperar que la COVID-19 refuerce, e incluso acelere, al menos algunas de estas tendencias políticas negativas que precedieron a la pandemia. Sin embargo, y a pesar de que las inquietudes sobre el futuro de la democracia en Europa son válidas, tengo el presentimiento de que el panorama, siendo más complejo, quizá no sea tan sombrío.

¿SE PUEDE INFECTAR A UNA RANA DE COVID-19?

Todos estamos más o menos familiarizados con la mejor manera de cocer una rana; si la arrojamos directamente al agua hirviendo, saltará, pero si la

ponemos en agua fría para hervir, la rana no percibe el peligro y se cocina lentamente hasta la muerte. Para muchos analistas, las democracias liberales han hecho el papel de rana proverbial durante la pandemia de COVID-19, y el primer ministro húngaro, Viktor Orban, ha sido el líder político encargado de aumentar poco a poco la temperatura del agua en su país.

El 30 de marzo de 2020, Hungría aprobó una ley que otorgaba al primer ministro la potestad de gobernar por decreto durante un periodo ilimitado. Entre las nuevas facultades, figuraba la de suspender la aplicación de ciertas leyes, no solo las relacionadas con la crisis. También implicaban penas de cárcel por la difusión de noticias que se considerasen falsas o distorsionadas, lo que suscitó renovados temores sobre la libertad de prensa en el país. No fue ninguna sorpresa que las elecciones y referéndums se aplazaran en Hungría durante la emergencia. La decisión se aprobó por mayoría en el Parlamento, con 137 votos a favor y 53 en contra.

Como era de esperar, los partidos de la oposición calificaron la medida de innecesaria y de intento de desmantelar la ya debilitada democracia húngara. Donald Tusk, expresidente del Consejo Europeo y actual presidente del Partido Popular Europeo, de centroderecha, comentó sarcásticamente en una entrevista para la revista alemana *Der Spiegel* que «Carl Schmitt estaría muy orgulloso de Viktor Orban».[4] Es cierto que el influyente jurista alemán que redujo la política a relaciones del tipo amigo-enemigo y de esa forma apoyó al régimen nazi habría estado orgulloso del primer ministro húngaro, pero la estrategia de Orban, en última instancia, es más desconcertante que aterradora.

Lo extraño del caso húngaro es que Orban no tenía ninguna necesidad de poner al Parlamento en cuarentena para ejercer un poder sin límites, ya gozaba de una fuerte mayoría constitucional. Es más, no es que Hungría se haya desviado de la democracia liberal a causa de la crisis del coronavirus,

ya había dejado de ser una democracia antes de que eso ocurriera.[5] ¿Qué necesidad tenía Orban de usurpar un poder que ya ejercía? Decir que la COVID-19 ha sido una oportunidad para ejecutar un golpe de Estado sería dar una explicación perezosa e inútil. Mucho más revelador sería postular que Orban ha aprovechado la crisis de la COVID-19 para demostrar a Bruselas que puede violar las normas de la Unión Europea con total impunidad.

Los analistas políticos están en lo cierto al afirmar que los líderes autoritarios prosperan con las crisis y tienen habilidad para aprovechar políticamente el miedo, pero es importante señalar que las crisis de las que más disfrutan son las que ellos mismos fabrican o aquellas que al menos pueden gestionar. No soportan las crisis que amenazan con cambiar el mundo tal como lo conocen. Carl Schmitt tenía razón al decir que los dictadores querían el poder de Dios, pero al Todopoderoso jamás se le pidió que resolviera problemas que no había creado.

A los gobiernos autoritarios no les gustan las crisis que les obligan a responder con normas. La mejor receta para contener la propagación de la enfermedad ya no es el genio ni la fuerza del líder, sino aspectos mucho más mundanos, como que los ciudadanos se laven las manos con regularidad.

Para la posesión de un control total es necesaria la libertad de decidir qué crisis merecen una respuesta, pero la COVID-19 ha anulado esa autoridad. No es de extrañar que los cuatro dirigentes que niegan con más fuerza la mera existencia de la pandemia sean autoritarios: el presidente brasileño, Jair Bolsonaro; el hombre fuerte de Bielorrusia, Alexander Lukashenko; el presidente autocrático de Turkmenistán, Gurbanguly Berdymukhamedov, y

el dictador nicaragüense Daniel Ortega. Este grupo de cuatro, a los que Oliver Stuenkel, profesor de relaciones internacionales de la Fundación Getúlio Vargas de São Paulo, ha denominado como Alianza del Avestruz, [6] son la mejor prueba de que la COVID-19 no es precisamente la invitada ideal de los dictadores. Para los cuatro, la pandemia es más una amenaza y una limitación que una oportunidad. Su aparición como crisis mundial a la que responden todos los gobiernos del mundo, ha limitado de facto el poder de los dictadores.

¿Dará la COVID-19 el poder al populismo?

«El miedo supera en intensidad al resto de los desórdenes», señaló el pensador y humanista francés del siglo XVI Michel de Montaigne. El miedo conduce a los populistas al poder. No debe sorprendernos que mucha gente crea que los mayores beneficiarios de la crisis de la COVID-19 serán los populistas de derecha. Pero ¿qué explica mejor el aumento del populismo durante la década pasada, el miedo o la ansiedad?

Aunque los psicólogos señalan que el miedo y la ansiedad son parientes cercanos —ambos contienen la idea de peligro—, subrayan también que el primero es una reacción a un peligro concreto y observable, como el temor a contraer una enfermedad mortal. La ansiedad, por el contrario, es una creencia difusa, dispersa y sin objeto sobre el propio futuro. La gente puede sentir ansiedad porque sus hijos vayan a tener una vida peor que la suya o porque sienten que serán reemplazados por los inmigrantes. La causa también puede ser el cercano apocalipsis climático o la perspectiva de una invasión alienígena.Las personas con ansiedad están también enfadadas, a diferencia de la gente con miedo, que no puede permitirse el lujo de

enfadarse porque está demasiado ocupada en sobrevivir. Los populistas han sabido aprovechar con habilidad el enfado de los ansiosos. Quien tiene ansiedad no se comporta de la misma manera que quien tiene miedo. Hay una cantidad cada vez más numerosa y creciente de publicaciones en el ámbito de la psicología social que sostienen que, en situaciones de miedo, «las personas desarrollan una mayor consciencia y conocimiento de sí mismas acerca de las limitaciones relacionadas con la libertad de acción y adoptan, como principal objetivo, el deseo de restablecer un mayor grado de coherencia y seguridad».[7] En sus memorias, el crítico alemán Marcel Reich-Ranicki confesaba que, durante la Segunda Guerra Mundial, en los meses que vivió en el gueto de Varsovia y a pesar de que leía sin parar, no leyó ni una sola novela; tenía miedo de que si empezaba una, moriría antes de terminarla.

Cuando la fase más grave de la crisis actual haya acabado y la gente deje de temer por su vida,regresará el enfado y probablemente vuelvan a prosperar los políticos populistas como Marine Le Pen o Matteo Salvini. Hoy por hoy, y a causa de la intensidad del miedo que genera la COVID-19, es el Gobierno y no la retórica populista quien se ha asegurado el éxito. Cuanto más crecen los índices de popularidad de Macron y Conte, más disminuye el apoyo a sus opositores populistas. Más que buscar a alguien que manifieste su frustración, la gente temerosa busca a alguien que la proteja y tenga los conocimientos apropiados. En ese sentido, la COVID-19 ha cambiado la actitud de la sociedad hacia los expertos y ha puesto de manifiesto las ventajas sociales de tener un Gobierno competente, en contraste con la desconfianza hacia los especialistas y la tecnocracia que generó la anterior crisis financiera.

Como muchas otras personas, durante los primeros días de la crisis tuve la sensación de que China sería el país que iba a salir de la pandemia con una posición estratégica más ventajosa. La crisis parece haber legitimado a los estados autoritarios a los ojos de sus poblaciones, y los primeros datos muestran que la pandemia ha vuelto a los ciudadanos chinos más críticos con el modelo americano.[8] El hecho de que este país asiático haya sido el primer país afectado por el virus significa también que ha sido el primero en iniciar la recuperación económica, lo que ha jugado a su favor.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, cada vez estoy menos seguro de que China sea el mayor beneficiario de la crisis. Los sentimientos en contra de este país han aumentado tras la revelación de que su Gobierno mintió al mundo sobre el número de fallecidos o infectados por el coronavirus. La agresiva campaña de relaciones públicas de Pekín para presentar a China como un modelo de respuesta eficaz a la pandemia y la única potencia con una mentalidad internacional en el momento en que el virus se propagaba por Europa y otras partes del mundo fue contraproducente. La opinión pública alemana se indignó al enterarse de que algunos diplomáticos chinos habían presionado a los funcionarios alemanes para que alabaran en los medios la respuesta china a la crisis.[9] Es más, es probable que la desglobalización que va a producirse como consecuencia social y económica de la pandemia afecte negativamente a China. En el primer trimestre de 2020, el país experimentó la caída más importante del PIB desde la Revolución Cultural de Mao, lo que supuso un desafío relevante y simbólico para un régimen cuya legitimidad depende de su capacidad para ofrecer un nivel de vida cada vez mejor. Puede que el líder chino Xi Jinping salga muy debilitado de esta crisis. Si bien es cierto

que la pandemia dañará el poder blando y la confianza que Estados Unidos y la Unión Europea tienen en sí mismos, el mundo pos-COVID-19 será menos receptivo a las ambiciones globales de Pekín, ya que la pandemia ha dejado al descubierto el lado feo de China.

El momento actual se parece en cierto modo a la crisis de la década de los setenta, cuando tanto el comunismo soviético como las democracias occidentales estaban desgarrados por las crisis internas de lo que el filósofo político francés Pierre Hassner denominó el periodo de la «decadencia competitiva». En vez de responder a la pregunta de qué régimen es más adecuado para las exigencias del siglo XXI, si la democracia liberal o el autoritarismo al estilo chino, la COVID-19 ha logrado algo distinto, a saber, acabar con la posible cooperación entre China y Estados Unidos en la gestión de los problemas de la globalización. La tendencia a la fragmentación y regionalización global no ha hecho más que reforzarse. Wang Jisi, profesor de la Universidad de Pekín, afirma, con razón, que el virus ha dejado las relaciones entre China y Estados Unidos en su peor momento desde que se establecieran sus vínculos formales en la década de 1970. Se trata de una desvinculación bilateral de carácter económico y tecnológico «ya irreversible».[10]

La rivalidad entre China y Estados Unidos no desencadenará un regreso a la Guerra Fría. A diferencia del régimen soviético, el modelo chino no es una alternativa ideológica, sino más bien un componente del capitalismo global. Pero el enfrentamiento entre las dos potencias tendrá todo el aspecto de una guerra fría. Como decía Harry «Conejo» Angstrom, el personaje de John Updike: «Sin Guerra Fría, ¿qué sentido tiene ser estadounidense?».[11] Lo que está claro, sea cual sea el resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en noviembre de 2020, es que la actitud de Washington hacia Pekín será más dura. Y también es probable que los

líderes chinos coincidan en que, sin una guerra fría, ya no tiene mucho sentido seguir llamándose incorrectamente comunistas. Movilizar un nacionalismo antioccidental podría ser la mejor estrategia del Partido Comunista para mantenerse en el poder.

Cuando la multitud se desvanece

En *La jornada de un escrutador*,[12] una de las primeras novelas del gran escritor Italo Calvino, se narra la historia de unas elecciones regidas por la locura, la pasión y la lógica. El protagonista, Amerigo Ormea, un intelectual de izquierda, acepta ser supervisor electoral en el Cottolengo, un hospicio para incurables en Turín, refugio de enfermos mentales y discapacitados. Desde que el voto había empezado a ser obligatorio en Italia, después de la Segunda Guerra Mundial, lugares como aquel se habían convertido en centros de reclutamiento de los demócratas cristianos de derechas. En la jornada electoral del relato, los periódicos están repletos de historias sobre inválidos y ancianos, impedidos por la arteriosclerosis,con las que se pretende presionarlos para que voten a los conservadores. A pesar de todo, es precisamente ese asilo el lugar en el que Ormea cae bajo el hechizo de la democracia. Se queda fascinado por cómo el ritual de las elecciones triunfa sobre la marcha de los fascistas y otorga un sentido a la vida humana. Lo que más le sorprende es el igualitarismo de la democracia, el hecho de que todas las personas, ricas o pobres, educadas o analfabetas, tengan una papeleta con el mismo poder. Las elecciones se parecen a la muerte en que nos obligan a mirar hacia atrás y hacia delante, tanto para valorar la propia vida como para imaginar otra posible. Es en ese hospicio de incurables

donde Ormea valora la capacidad de la democracia para convertir la locura en razón y las pasiones en intereses.

Pero es el talento de la democracia para tergiversar las cosas lo que transforma a Amerigo Ormea en creyente, así, el motivo de su conversión es más su mística que su transparencia. Las elecciones dan voz a todos los ciudadanos, aunque bajo condición de no representar la intensidad de sus convicciones. Y es precisamente tal mística de la democracia lo que se encuentra en peligro en un mundo en el que se ha adoptado el distanciamiento social como un comportamiento responsable. ¿Se habría convertido Amerigo Ormea a la democracia si la gente solo pudiera votar por correo? El verdadero peligro para las democracias liberales europeas es la posibilidad de que la COVID-19 nos mantenga fuera de las calles no solo durante varios meses, sino durante varios años. Si creemos a Bill Gates, cabe esperar que en los próximos años «la gente pueda salir, pero no tan a menudo y no a lugares concurridos. Imaginen restaurantes con personas sentadas en una mesa sí y otra no o que todos los asientos intermedios de los aviones van vacíos».[13]

En una democracia, los ciudadanos tienen que poder votar, los políticos tienen que poder debatir y la gente tiene que poder moverse,reunirse y realizar acciones como colectivo. También es de una importancia clave que las personas puedan formar parte de una multitud, de un cuerpo común con capacidad para expresar la intensidad de su pasión política. Los mítines electorales y las manifestaciones masivas dan a los ciudadanos un sentido de la pertenencia que la participación en las elecciones no proporciona.

Fue el poder de la multitud el que dio vida a la política democrática del siglo XX. «Era inevitable encontrarse con masas de gente en las calles y las plazas —escribió el crítico cultural alemán Siegfried Kracauer, rememorando la situación previa a la Primera Guerra Mundial—. Eran más

que un factor social importante, eran tan tangibles como cualquier individuo.»[14] Algunos teóricos de la democracia han temido a las masas por lo que contendrían de «enajenación» y por la posibilidad de que los dirigentes despóticos pudieran manipularlas, pero eran muy conscientes de la importancia de la política callejera para el correcto funcionamiento del sistema demócrata. Lo que reconcilia a muchos activistas políticos con la democracia es la capacidad de las multitudes para reflejar la intensidad de las pasiones políticas. Al reflexionar sobre su participación en la famosa manifestación masiva del 15 de julio de 1927 en Viena, organizada por los socialdemócratas, el escritor Elias Canetti escribía: «Ha sido lo más cercano a una revolución que he experimentado físicamente. Desde entonces, he tenido la sensación de que no me hace falta leer una palabra más para saber cómo fue la toma de la Bastilla».[15]

En la última década, la «gente de las plazas»[16] —tal y como la bautizó el columnista estadounidense Thomas Friedman— ha sido una presencia constante en la política internacional. Más de noventa países de todo el mundo han sido testigos de importantes protestas masivas. Millones de personas han logrado organizar numerosas y duraderas iniciativas al margen de los partidos políticos y con desconfianza hacia los medios de comunicación, con pocos cabecillas visibles y evitando casi siempre la organización formal. Los *gilets jaunes* en Francia y el movimiento Extinction Rebellion son dos ejemplos de ese fenómeno tan diverso. El activismo en línea es incapaz de inyectar esa sensación de sentido y pertenencia tan característica de la política callejera, en su lugar apenas consigue activar un «clictivismo» barato.

La COVID-19 amenaza ese elemento fundamental de la política democrática. La democracia no puede funcionar si la gente tiene que quedarse en casa. Hace poco el analista de las tecnologías Benedict Evans

observó: «Ahora todos estamos conectados y, lo que es igual de importante, dispuestos a emplear internet en cualquier aspecto de nuestra vida, solo tenemos que desarrollar la experiencia y el modelo de negocios adecuado. Hoy se puede hacer cualquier cosa con internet».[17] Puede que tenga razón, pero estoy convencido de que la democracia no puede sobrevivir sin lo que Friedman ha llamado la gente de las plazas y, aún más vital, la desaparición de esas personas puede suponer para muchos el fin de la democracia. Me resulta imposible imaginar la supervivencia de las democracias si no podemos reunirnos en grupos de más de cincuenta personas. La desaparición de unas multitudes airadas que puedan expresar en libertad su descontento y sus exigencias en las calles de las capitales occidentales diluye la barrera entre una democracia liberal y sus nocivos *alter ego*.

EMPODERADOS POR COMPARACIÓN

Hacer lo mismo que el resto nos puede salvar la vida. En 2015, un grupo de militantes de AlShabaab irrumpieron por la fuerza en la Universidad de Garissa, en Kenia, tomaron a unos estudiantes como rehenes y solo tuvieron clemencia con los que fueron capaces de demostrar que eran musulmanes recitando unos versos del Corán. Los que no pudieron hacerlo, recibieron un tiro en el acto. Una estudiante cristiana vio lo que estaban haciendo y memorizó unos versos a toda prisa. Como afirma Michelle Baddeley en *Copycats and Contrarians*, aquella chica «salvó la vida gracias al aprendizaje social, mediante la información que había recopilado sobre las decisiones de los demás y sobre las consecuencias que estas tenían».[17]

Esa lógica del imitador explica la principal paradoja de la respuesta

internacional al brote del coronavirus. La crisis ha obligado a las sociedades a recluirse en un nacionalismo de «quédate en casa» en vez de adoptar un modo de cooperación que resultara más familiar. Aun así, los gobiernos se han mostrado entusiastas en el empleo de paquetes de medidas muy similares a los de los demás para detener la transmisión, con independencia de que las tradiciones sociales, las estructuras políticas y los sistemas de salud variasen significativamente de un país a otro.

¿Por qué unos gobiernos con diferencias tan considerables han adoptado las mismas medidas políticas? Puede que la respuesta se encuentre en la diferencia entre la «política de la incertidumbre» y la «política del riesgo» que el economista Frank Knight estableció en su obra de referencia de 1921, *Riesgo, incertidumbre y beneficio*.[19] En ella, Knight afirma que, si bien el futuro es inescrutable, el riesgo se puede medir y los acontecimientos pasados pueden evaluarse con datos empíricos. La incertidumbre, en cambio, se aplica a los resultados que no podemos predecir o que no fuimos capaces de predecir.

La pandemia de COVID-19 ha sido un ejemplo de incertidumbre. En las primeras etapas de la crisis, cuando era imposible realizar test masivos, los gobiernos fueron incapaces de sopesar los costes y beneficios de las políticas de distanciamiento social o del cierre de la economía. La vía de acción más sensata fue dar por descontado lo peor y adoptar la postura menos arriesgada. Los gobiernos están acostumbrados a gestionar el riesgo, pero lidiar con la incertidumbre es una cuestión bien distinta.

En situaciones de incertidumbre, los gobiernos deben estar dispuestos a adoptar medidas extraordinarias, incluso cuando no están seguros de cuáles serán los resultados. De ese modo, se evita también que en el futuro aparezcan ciudadanos que, sabiendo de las medidas aplicadas en otros lugares, cuestionen sus cursos de acción. Hacer lo mismo que los demás

resulta de vital importancia para tranquilizar a la sociedad sobre el hecho de que la situación está bajo control. En el caso de la pandemia del coronavirus, eso ha supuesto convencer a la gente de la necesidad de quedarse en casa, usar mascarillas, cerrar negocios y obedecer cualquier medida adicional.

Imaginemos que la mitad de los países del mundo hubieran decidido aplicar medidas de confinamiento, mientras que el resto, siguiendo el ejemplo de Suecia, hubiese optado por evitar medidas tan estrictas. La presión política en ambos bandos para cambiar de rumbo habría sido insostenible. Si unos cuantos gobiernos democráticos hubiesen declarado el estado de emergencia y otros no, aun cuando las cifras de infectados y fallecidos por el virus fueran comparables, la diversidad de respuestas habría provocado el derrumbe de la confianza social. Resulta fácil entender que los gobiernos copiaran las políticas adoptadas en los primeros países afectados por la pandemia, aun cuando no estuvieran convencidos de que fuera la mejor estrategia.

En ese sentido, las medidas imitativas son esencialmente distintas al comportamiento de la chica cristiana de Kenia. Los gobiernos se imitan unos a otros no porque las medidas funcionen, sino porque no tienen ni la menor idea de qué puede funcionar.

Si bien la adopción de disposiciones similares ha ayudado a los gobiernos a eludir responsabilidades, con el tiempo se les ha ido comparando cada vez más. La comparación es un elemento constante en política, pero los ciudadanos suelen evaluar las medidas de su gobierno contrastándolas con la eficiencia de otros gobiernos previos o con las promesas de la oposición. La COVID-19 ha establecido un tipo de comparación diferente, ahora los ciudadanos comparan las medidas de su gobierno con las de otros países en tiempo real. La gente está ansiosa por saber por qué Alemania realiza más

tests que Francia, por qué en Reino Unido muere más gente que en Austria o por qué algunos gobiernos parecen dispuestos a gastar mucho más que otros para indemnizar a personas y empresas por el coste de la crisis. La COVID-19 ha transformado el debate político, en el sentido de que lo único que importa es la respuesta a los desafíos económicos y de salud pública que presenta la pandemia, la cual ha creado la ilusión de que el papel de un Gobierno se puede medir objetivamente, y es precisamente la comparación, más que la crítica de la oposición, lo que ha influido más en las decisiones que toman los gobiernos. Por poner un caso, el hecho de que Austria haya decidido aflojar las restricciones ha provocado una fractura en el consenso político en Alemania.

El hecho de que la mayoría de gobiernos decidiera imponer el confinamiento y establecer leyes de emergencia explica que todas las personas del mundo estuvieran dispuestas a aceptar que se violara el derecho a la privacidad en la lucha contra la COVID-19. Pero la hegemonía de esa medida implica también que cuando algunos gobiernos decidan suspender las restricciones, los que opten por prolongarlas se quedaran solos. La paradoja de la crisis de la COVID-19 es que ha fortalecido a los gobiernos al darles poderes extraordinarios, al tiempo que ha empoderado también a los ciudadanos al permitirles juzgar si su Gobierno hace las cosas mejor o peor que los demás.

Durante la pandemia, el éxito de las medidas de un gobierno depende del apoyo activo de sus ciudadanos. Cualquier individuo que decida incumplir la medida del distanciamiento social se convierte en un obstáculo para los objetivos del Gobierno. En ese sentido, el estado de emergencia restringe los derechos de los ciudadanos, aunque paradójicamente también aumenta su poder.

Y, sin embargo, el empoderamiento por comparación se acaba cuando los

países empiezan a salir del encierro y las preocupaciones económicas sustituyen a las de la salud pública. ¿A qué deberíamos prestar más atención, al número de nuevos infectados, al de parados o a la cantidad de dinero que ha invertido el Estado para ayudar a las empresas?

Es en ese momento cuando el ciudadano que en la etapa inicial de la pandemia pudiera haberse sentido empoderado al comparar el papel de su Gobierno con el de los otros se encuentra desorientado y desautorizado. Es el momento en que el miedo da paso al enfado como estado de ánimo predominante en la sociedad.

SCHMITT PATAS ARRIBA

A finales del siglo XVIII, el filósofo y sociólogo británico Jeremy Bentham diseñó una forma de institución a la que llamó «panóptico». El concepto de fondo era que un único vigilante pudiera observar a todos los internos de una institución —ya fuera una prisión, una escuela o un hospital— sin que ellos supieran que estaban siendo vigilados. El diseño se convirtió enseguida en el símbolo de una moderna comprensión del empleo del poder para controlar a individuos o grupos peligrosos. En sus ya famosas declaraciones,el político y anarquista francés del siglo XIX Pierre-Joseph Proudhon dijo que: «Ser gobernado es ser vigilado, examinado, espiado, dirigido, legislado, regulado, etiquetado, adoctrinado, predicado, controlado, evaluado, ponderado, censurado y ordenado».[20] Muchos coincidirán en que las cosas no han cambiado mucho desde los tiempos de Proudhon, aparte de la tecnología.

En épocas de crisis, suele reaparecer la idea del panóptico. El surgimiento de una vigilancia de la salud pública impuesta por el Estado

que tantos temen como un resultado involuntario de la pandemia de COVID-19 podría considerarse la última encarnación del proyecto de Bentham. La diferencia es que, mientras que en el panóptico original se pedía a la gente que se desnudara frente al Estado a cambio de protección, en la versión actual es este quien promete utilizar la vigilancia de la salud pública para proteger a las personas de sí mismas.

El 26 de febrero de este mismo año,cuando aún no estaba clara la magnitud de la pandemia en su país, el filósofo italiano Giorgio Agamben, de ochenta y dos años de edad, escribió un polémico artículo de opinión en el que afirmaba que las medidas de emergencia impuestas por el Gobierno italiano eran del todo desproporcionadas. «Lo que se manifiesta una vez más es la tendencia —afirmaba Agamben— a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno.»[21] Opinaba también que la respuesta a la COVID-19 era una prueba del «instinto tiránico» de los gobiernos liberales, así como una oportunidad para recuperar una serie de medidas de emergencia que recordaban a las utilizadas durante la guerra contra el terrorismo. Al igual que las personas que se vieron afectadas por el cierre de las fronteras europeas tendieron a percibir la COVID-19 como el regreso de una crisis de los refugiados, muchos profesionales de los derechos humanos temen hoy que las prácticas de vigilancia se mantengan cuando se haya derrotado al virus. Para ellos, el estado de excepción no es más que otro clavo en el ataúd de la democracia.

¿Aciertan los críticos del estado de excepción al pensar que la vigilancia provocada por la COVID-19 puede llegar a constituir un regreso a la desacreditada guerra contra el terrorismo en Occidente? ¿Ha sido la normalización de la violación del derecho a la privacidad que ha tenido lugar durante la pandemia tan destructiva para la democracia como lo fue en su momento la legalización de la tortura adoptada por el Gobierno de

George W.Bush durante los años posteriores a los ataques terroristas del 11-S?

En cierta medida son los propios gobiernos quienes tienen la culpa del celo de sus críticos, el uso de la retórica militar favorece que las restricciones en los derechos se perciban como una reminiscencia del periodo que siguió al 11-S. Pero además, al presentar la lucha contra el virus de la misma forma que la lucha contra el terrorismo —ambos enemigos invisibles—, los liberales corren el riesgo de caer en la trampa libertaria. Las libertades individuales jamás son un valor absoluto y siempre se deben sopesar en relación con el bien público. Los críticos de la guerra contra el terrorismo de Bush tenían razón al insistir en que el Estado jamás debe legalizar la tortura: destruye la dignidad de las personas, además de que se ha demostrado que no funciona, en tanto puede dar lugar a falsas confesiones. Como sostenían algunos críticos de las políticas de Bush, si los funcionarios del Gobierno se ven obligados a torturar, como en el infame «escenario de la bomba de relojería»,[22] solo deberían hacerlo como acto de desobediencia civil.

Sea como sea, la vigilancia antiterrorista y las aplicaciones de rastreo del virus no son lo mismo. La experiencia nos demuestra que el rastreo de los contactos ayuda a los gobiernos a contener la propagación de la enfermedad, y también a las autoridades médicas a estudiarla y a reducir el tiempo de desarrollo de una vacuna. La vigilancia empleada por el Gobierno en la lucha contra la COVID-19 no es ningún secreto, la gente sabe que se van a rastrear sus contactos. Si, en mi caso, me negase a permitirlo, podría convertirme en el responsable indirecto de la muerte de otro ser humano.

En resumen, no se puede comparar directamente la defensa liberal de los derechos durante la guerra contra el terrorismo con el contexto de la

COVID-19. No todo se reduce a una posible tendencia de los gobiernos democráticos a reaccionar desmesuradamente frente la pandemia; algunos dirigentes también podrían sentir la tentación de minimizar la amenaza del coronavirus por razones económicas que podrían ser letales para la democracia. ¿Deberíamos admirar a los activistas de los derechos humanos que demandan a los gobiernos por obligar a la gente a llevar mascarillas utilizando como argumento la legislación antiburka o deberíamos más bien demandar a los gobiernos por obligar a la gente a llevar mascarillas sin proporcionarles una cantidad suficiente?

En su revelador libro *Fear Itself*,[23] el analista político estadounidense Ira Katznelson sostiene que Franklin Roosevelt no logró salvar la democracia liberal en Estados Unidos por que se opusiera a tomar medidas extraordinarias, sino gracias a que demostró la eficacia de la democracia en épocas de incertidumbre y temor. Su estrategia fue contraatacar a Carl Schmitt y demostrar que las democracias liberales, «con sus díscolos partidos, sus parlamentos y su polarización, son capaces de dar lugar a soluciones y encontrar alternativas sin abandonar sus convicciones y prácticas fundamentales».

En opinión de Katznelson, lo que distingue a una democracia de una dictadura no es que la primera se oponga a la imposición de un estado de excepción, sino que no lo hace para protegerse a sí misma o porque no consiga salirse con la suya. Aun así, para que en una democracia se puedan aplicar medidas de emergencia sin atentar contra su naturaleza liberal,debe distinguirse entre medidas temporales y políticas permanentes. Los agentes democráticos deberían exigir que las principales acciones legislativas sean temporales y estén sujetas a renovación oficial. Ese es el principio que Viktor Orban ha decidido vulnerar de una manera tosca y brutal.

En segundo lugar, ni los dirigentes individuales ni las instituciones

deberían estar exentos de críticas, y las políticas de excepción no deberían derivar en prácticas secretas o aisladas de las prácticas democráticas. Al contrario, cada una de las ramas del gobierno —la judicial, la legislativa y el propio poder ejecutivo— deben ser capaces de compartir información y emitir juicios en tiempo real. Los gobiernos pueden saltarse el Parlamento si es necesario, pero jamás deben suprimirlo.

Por último, se deben preservar las vías de evaluación retrospectiva. Resulta particularmente valioso para los sistemas políticos comprometidos con el debate democrático y la elección colectiva que haya un proceso de evaluación con posibles sanciones para quien haya podido vulnerar principios liberales.[24]

Si actúan con eficacia, las democracias liberales pueden acabar fortalecidas por el éxito. La imposición de un estado de emergencia no es un signo de crisis de la democracia, aunque es cierto que vigoriza la postura de los libertarios —quienes se oponen a cualquier restricción de las libertades individuales— y también la de los defensores de la soberanía —que abogan por un rol más activo del Estado—. En ese tipo de discusiones, el liberalismo se ha quedado entre dos tierras.

Conclusiones

> El hombre es la única máquina del tiempo conocida.
>
> GEORGI GOSPODINOV, *Time Shelter*

En la novela de José Saramago *Ensayo sobre la ceguera*,[1] un hombre pierde repentinamente la vista, al igual que el médico que lo examina y el ladrón que le roba el coche. Atemorizado por la propagación de esa «ceguera blanca», el Gobierno toma medidas muy drásticas para detener el contagio. Se reúne a todos los que se han quedado ciegos y a quienes han tenido contacto con ellos y se los traslada a un antiguo manicomio a las afueras de la ciudad. Todos los intentos de fuga del hospital son contrarrestados de forma letal por las patrullas de vigilancia, compuestas por soldados también aterrorizados por la posibilidad de perder la visión. El psiquiátrico acaba pareciéndose más a un campo de concentración que a un hospital.

En las últimas páginas de la novela, la epidemia desaparece tan repentinamente como había empezado, dejando a la gente con la pregunta de por qué se había quedado ciega. «No creo que nos hayamos quedado ciegos, creo que estamos ciegos, somos ciegos que ven —concluye uno de los personajes de la novela—. Ciegos que ven sin ver.»[2] La pérdida de la visión es característica de toda epidemia: no vemos la enfermedad hasta que llega, y cuando lo hace, tampoco entendemos lo que ocurre a nuestro alrededor. Saramago no cree que las enfermedades nos transformen; en su

opinión, nos ayudan a captar el verdadero rostro de nuestras sociedades. Si es así, es fundamental que comprendamos lo que ocurrió mientras estábamos encerrados en casa.

Cuando comencé mis reflexiones en torno al impacto de la COVID-19, articulé siete lecciones iniciales. Una cuarentena más tarde, las he redefinido en siete paradojas.

La primera paradoja de la COVID-19 es que ha mostrado el lado oscuro de la globalización, pero también ha actuado como su agente. El virus ha sido más agresivo en lugares, por emplear las palabras del historiador británico Frank Snowden: «Densamente poblados y vinculados por vía aérea con un gran movimiento de turistas, refugiados, todo tipo de ejecutivos y redes».[3] Al mismo tiempo, ha sincronizado al mundo entero y nos ha unido de una forma en que ninguna crisis previa lo había conseguido. Durante un tiempo hemos vivido en un mundo común.

La segunda paradoja de la COVID-19 es que ha acelerado la tendencia a la desglobalización que se había desencadenado con la Gran Recesión de 2008-2009, sin dejar de mostrar al mismo tiempo los límites de la renacionalización. Gideon Rachman afirma que en el mundo pos-COVID-19 «es difícil creer que los grandes países desarrollados continuarán asumiendo que tienen que importar la mayor parte de sus suministros médicos esenciales».[4]

Si el apogeo de la globalización de los años noventa lo representaba (al menos en el imaginario social) la eficiencia «a tiempo real» de las cadenas de suministro internacionales, hoy en día los ciudadanos se sienten más seducidos por la imagen de un Estado fuerte capaz de almacenar todos los recursos que la sociedad necesita para una crisis. Dicho esto, de todas las crisis que amenazan a la humanidad, puede que la de la COVID-19 sea la más favorable a la globalización, por las evidencias que ha manifestado

sobre la importancia de la cooperación internacional. A diferencia de las guerras, las pandemias no enfrentan a las naciones entre sí. A diferencia de los grandes movimientos migratorios, no provocan un nacionalismo violento. Y a diferencia de los terremotos o los tsunamis, constituyen un fenómeno global. Una pandemia es una crisis que permite que la humanidad experimente su interdependencia y unión. Las esperanzas de la humanidad se apoyan en la ciencia y la razón. Más que la pandemia en sí misma, lo que más me inclina al pesimismo con respecto al futuro es el fracaso de los líderes políticos mundiales para orquestar una respuesta colectiva a la crisis.

La tercera paradoja de la COVID-19 es que el miedo al virus durante las primeras etapas de la pandemia impulsó un estado de unidad nacional que muchas sociedades no habían experimentado desde hacía años, pero que a largo plazo provocará un aumento de las divisiones sociales y políticas preexistentes. Con el paso del tiempo, la pandemia no intensificará las divisiones políticas, económicas y sociales que ya se podían ver en todas las sociedades, sino que se instaurará ella misma como baremo. Cuanto más retroceda el miedo a la COVID-19, menos podremos reconocer si la amenaza alguna vez fue real. La paradoja es que, en los países que han sido más eficaces en la contención del virus o que han tenido la suerte de que no los asediara, la opinión pública será más propensa a criticar al Gobierno por las políticas de confinamiento.

La cuarta paradoja de la COVID-19 es que ha puesto en suspenso a la democracia, al menos en Europa, instaurando en muchos países el estado de emergencia. Pero al hacerlo, el deseo de la gente de tener un Gobierno más autoritario ha llegado a un límite. Una de las consecuencias del congelamiento de los derechos y libertades civiles será el rechazo, no la aceptación, del autoritarismo. En las primeras etapas de la crisis, la gente

entregó de buena gana poderes extraordinarios a los gobiernos, pero en el futuro será cada vez menos generosa a medida que la preocupación por la economía suplante a la de la salud pública. Esa es la naturaleza cambiante de la catástrofe de la COVID-19, un desastre sanitario que se convierte en uno económico, por eso las consecuencias políticas de la crisis son tan increíblemente difíciles de predecir.

La quinta paradoja de la COVID-19 es que, si bien la Unión Europea ha estado notablemente ausente durante las primeras etapas de la crisis, la pandemia puede llegar a ser más decisiva para el futuro de la comunidad que cualquier otro suceso en su historia. La Unión Europea no solo corre el riesgo de desintegrarse territorialmente, como le ocurre con el Brexit, sino de hacerse irrelevante.

La sexta paradoja de la COVID-19 es que, aunque el virus ha revivido los fantasmas de las tres últimas crisis que han sacudido a Europa en la última década —la guerra contra el terrorismo, la crisis de los refugiados y la crisis financiera mundial— también ha obligado a revisar los resultados de las medidas adoptadas durante aquellas. El resultado de la quiebra financiera internacional fue la falta de voluntad para mutualizar las deudas y la reticencia a aflojar los techos de gasto de los gobiernos como medio para superar la crisis. Ahora vemos que ocurre lo contrario. La experiencia europea de la guerra contra el terrorismo dejó claro que, a diferencia de los estadounidenses tras el 11-S, los europeos no estaban dispuestos a entregar el derecho a la privacidad a cambio de seguridad. La actual crisis obliga a revisar esa decisión. La crisis de los refugiados terminó con el consenso tácito de que el cierre de las fronteras internas de Europa era imposible y que si eso sucedía, los mayores perdedores serían los europeos del Este. Esta crisis nos demuestra que las fronteras se pueden cerrar, al menos por un tiempo, y que Europa Occidental también pierde mucho con ello. Los

vuelos chárter organizados en el momento más álgido de la pandemia para transportar a trabajadores temporeros de Europa del Este a Francia, Alemania y Reino Unido han cambiado drásticamente la naturaleza del debate.[5]

La última paradoja es que mientras la Unión Europea se considera a sí misma el último mohicano en la defensa de la apertura y la interdependencia, la presión de la globalización podría llevar a los europeos a adoptar más políticas comunes y a delegar en Bruselas algunos poderes de emergencia.

En la Unión Europea, la salud pública ha sido siempre competencia de los gobiernos nacionales. Cuando los italianos y los españoles morían diariamente a millares, Bruselas no dijo una palabra. La Unión Europea ha demostrado tener una estructura inadecuada para paliar la catástrofe que se está produciendo, su actuación ha sido irrelevante justo en el momento en que había más gente buscando su protección. Encarcelados en su casa, los europeos han dejado de pensar en la Unión Europea. Los italianos y los españoles se han sentido traicionados, pero esa sensación se ha dirigido más hacia los conciudadanos europeos y sus gobiernos que hacia la burocracia de Europa. Cuando la gente se ha quedado absorta tratando de comprender por qué había menos infectados y fallecidos en algunos países europeos que en otros, la idea de una Europa común ha desaparecido. Nadie se ha preocupado por contar el número de fallecidos o infectados en el continente. Ningún Gobierno ha pedido políticas de salud europeas ni la europeización de los datos personales relacionados con la COVID-19.Ha habido momentos durante esta crisis en que la Unión Europea ha llegado a recordar a las últimas décadas del Sacro Imperio Romano Germánico, cuando las personas que vivían en el interior del territorio del imperio ni siquiera eran conscientes de que aún formaban parte de él. En varios lugares

de Europa, la crisis de la COVID-19 ha disminuido el entusiasmo de los ciudadanos por la Unión Europea, pero a la vez ha empujado a los gobiernos a comprender su dependencia.

Ante el desafío político de la COVID-19, los líderes europeos se enfrentan a una decisión estratégica; o luchar por preservar un mundo globalizado y de fronteras abiertas o trabajar por una versión suave de desglobalización. Al final, se acabarán haciendo ambas cosas. Bruselas seguirá siendo el último mohicano en la defensa de la globalización mientras que, al mismo tiempo, tratará de utilizar las presiones del proceso de desglobalización para obtener más poder y defender una mayor integración en ciertos aspectos. La naturaleza globalizada de la COVID-19, unida a la constatación de que el nacionalismo económico del siglo XIX ya no es una opción para los pequeños y medianos estados nación de Europa, puede ser una buena oportunidad para rediseñar un nuevo nacionalismo territorial centrado en la Unión Europea. El coronavirus ha enseñado a los europeos que si quieren mantenerse a salvo, no pueden aceptar un mundo en el que la mayoría de los medicamentos o mascarillas se produzcan fuera de Europa. Tampoco pueden confiar en que sean las empresas chinas quienes den vida a una red 5G europea. Si el mundo se vuelve más proteccionista, en Europa ese proteccionismo solo sería efectivo a nivel continental.

Durante la fase más crítica de la crisis actual hemos visto cómo la autosuficiencia nacional se imponía sobre el interés común. Cuando Italia pidió a sus aliados suministros médicos con urgencia, ningún país de la Unión Europea respondió. Al principio, Alemania prohibió la exportación de mascarillas médicas y otros equipos de protección, y Francia requisó todas las que producía. La Comisión Europea se vio obligada a intervenir y regular la exportación de material médico.

Pero, si bien el retorno del Estado nación fue la respuesta correcta a la crisis de salud pública, en un mundo sin el liderazgo estadounidense y dividido por la rivalidad entre Estados Unidos y China, una Europa más unida y una Bruselas dotada de poderes de emergencia puede acabar siendo la única solución realista para hacer frente a la siguiente fase de la crisis.

La gran paradoja de la COVID-19 es que, al cerrar las fronteras entre los estados miembros de la Unión Europea y al encerrar a la gente en sus apartamentos, nos hemos vuelto más cosmopolitas que nunca. Por primera vez en la historia, las personas del mundo entero han tenido la misma conversación y compartido los mismos miedos. Al quedarse en casa y pasar una inconmensurable cantidad de horas frente al ordenador y la pantalla de televisión, la gente ha comparado lo que les pasaba con lo que ocurría a otros en otros lugares. Puede que esto haya sucedido solo durante este extraño periodo de nuestra historia, pero no se puede negar que en la actualidad hemos experimentado lo que de verdad significa vivir en el mismo mundo.

Una de las mayores ilusiones ópticas de la globalización del siglo XXI es que solo las personas que se desplazan son de verdad cosmopolitas, y que solo quienes se sienten como en casa en distintos lugares pueden tener una perspectiva internacional. Lo cierto es que el mayor cosmopolita del mundo, Immanuel Kant, jamás salió de Königsberg, su ciudad natal. La ciudad perteneció a distintos imperios en distintos momentos, pero él siempre prefirió quedarse en ella. Es posible que las actuales paradojas de la globalización (o de la desglobalización) empezaran con él. La COVID-19 ha infectado al mundo de cosmopolitismo, al tiempo que ha enemistado a los estados con la globalización.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a José Ignacio Torreblanca, que me entrevistó a mediados de marzo de 2020 para la web del ECFR (Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, por sus siglas en inglés) y me animó a organizar mis desordenadas reflexiones en torno a la crisis en la que estábamos entrando.Gracias a la persuasiva insistencia de mi editora alemana Maria Barankow y de mi agente literario Toby Mundy, me comprometí a exponer esos pensamientos en un libro, y les estoy muy agradecido por ello. Toby, junto con Lenny Benardo, me ha acompañado a lo largo de cada una de estas páginas, otorgando claridad y estilo a mis pensamientos. No puedo agradecer lo suficiente todo su apoyo a Yana Papazova. Alex Soros, Alexander Andreev, Antoinette Primatarova, Bilyana Kourtasheva, Bruce Jackson, Daniel Smilov, Dessi y Anri Kissilenko, Deyan Kiuranov y Lili Alexandrieva, Georgi Gospodinov, Ivan Vejvoda, Ludger Hagedorn, Mila Ganeva, Milla Mineva, Momchil Metodiev, Nev Andreeva, Nick Humphrey, Ralitsa Peeva,Ruzha Smilova, Stephen Holmes, Thomas Bagger,Venelin Ganev y Vessela Tcherneva; todos han contribuido con lúcidos comentarios que han ayudado a que el libro gane en complejidad intelectual. Para ellos, toda mi gratitud; las deficiencias del libro, sin embargo, son de mi exclusiva responsabilidad.

Una lectura indispensable para empezar a entender las consecuencias de la pandemia que marcará el rumbo del mundo en los próximos años.



Como describe José Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera*, la pérdida de visión es característica de toda pandemia: no vemos la enfermedad hasta que llega, y cuando lo hace, tampoco entendemos lo que ocurre alrededor nuestro. Saramago no cree que las enfermedades nos transformen; en su opinión, nos ayudan a captar el verdadero rostro de nuestras sociedades. Si es así, es fundamental que comprendamos lo que ocurrió mientras estábamos encerrados en nuestra casa.

En este lúcido texto, Ivan Krastev expone las cinco paradojas que la COVID-19 ha sacado a la luz respecto a la globalización, la cooperación internacional, el autoritarismo, la cohesión social y el proyecto europeo. Ganador en 2020 del Premio Lionel Gelber y del Premio Jean Améry, la mirada de uno de los mejores analistas políticos del momento es fundamental para empezar a entender las consecuencias de la pandemia que marcará el rumbo del mundo en los próximos años.

Reseñas:

«Ivan Krastev es uno de los pensadores más fascinantes de nuestro tiempo. Un malabarista de paradojas, atacante de creencias generalizadas. Puedes no estar de acuerdo siempre, pero aburrirte, jamás.»

Robert Kagan, *Washington Post*

«Krastev es uno de los intelectuales más interesantes del panorama actual

en todo Europa.»
Financial Times

«Ivan Krastev es uno de los escritores políticos más agudos y elegantes que han emergido de Europa del Este en los últimos años.»
Sunday Times

Ivan Krastev, es politólogo e investigador del Instituto de Ciencias Humanas de Viena y uno de los analistas más respetados en el ámbito internacional. Su último libro, *La luz que se apaga*, fue galardonado con el Premio Lionel Gelber y el Premio Jean Améry, y ha sido traducido a más de dieciocho idiomas.

Título original: *Is It Tomorrow, Yet?: How the Pandemic Changes Europe*

Primera edición: junio de 2020

Diseño de portada: Marc Cubillas
Imagen de portada: © Stocksy

ISBN: 978-84-1800688-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com



EL CISNE GRIS

[1] Albert Camus, *The Plague*, Vintage, Nueva York, 1991, p.183. [Hay trad. cast.: *La peste*, EDHASA, 2010.]

[2] El número de víctimas mortales de la fiebre española varía considerablemente.

[3] Laura Spinney, *Pale Rider:The Spanish Flu of 1918 and How It Changed the World*,Random House, 2017. [Hay trad. cast.: *El jinete pálido. 1918: La epidemia que cambió el mundo*, Crítica, 2018.]

[4] *Ibid*.

[5] Carlo Rovelli, «Coronavirus, a lezione di umiltà: siamo fragili ne usciremo uniti»,*Corriere della Sera*, 1 de abril de 2020, <https://www.corriere.it/esteri/20_aprile_01/coronavirus-lezione-umiltasiamo-fragili-ne-usciremo-uniti-6a285592-744811ea-b181-d5820c4838fa.shtml>.

[6] Charles Rosenberg, *Explaining Epidemics*, Cambridge University Press, 1992, p. 279.

[7] *Ibid*.

[8] Svetlana Boym, *The Svetlana Boym Reader*, Cristina Vatulescu, Tamar Abramov, Nicole G. Burgoyne, Julia Chadaga, Jacob Emery, Julia Vaingurt, eds, Bloomsbury Publishing USA, 2018, p. 217.

[9] Ivan Krastev, «Seven early lessons from the coronavirus»,*ECFR*, 18 de marzo de 2020, <https://www.ecfr.eu/article/commentary_seven_early_les sons_from_the_coronavirus>.

[10] Rachel Kleinfeld, «Do Authoritarian or Democratic Countries Handle Pandemics Better?», *CEIP*, 31 de marzo de 2020, <https://carnegieen dowment.org/2020/03/31/do-authoritarian-ordemocratic-countries-handle-pandemics-betterpub-81404>.

[11] David Runciman, «Coronavirus has not suspended politics – it has revealed the nature of power», *The Guardian*, 27 de marzo de 2020, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/27/coronavirus-politics-lockdown-ho bbes>.

[12] Astra Taylor, «The Rules We've Lived by Won't All Apply», en el especial «Coronavirus Will Change the World Permanently. Here's How» de *Politico*, 19 de marzo de 2020, <https://www.politico.com/news/magazine/2020/03/19/coronaviruseffect-economy-life-society-analysis-covid-135 579>.

[13] Walter Bagehot, *The English Constitution*, Paul Smith, ed., Cambridge University Press, 2001, p. 34. [Hay trad. cast.: *La Constitución inglesa*, Centro de estudios Políticos y constitucionales, 2010.]

Capítulo 1

[1] Chiara Pagano, «From National Threat to Oblivion»,*Eurozine*, 2 de abril de 2020, <https://www.eurozine.com/from-national-threat-to-oblivion/>.

[2] Zygmunt Bauman,*Globalization:The Human Consequences*, Polity Press, 1998. [Hay trad. cast.: *La globalización: Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, 2001.]

[3] A. Wess Mitchell y Charles Ingrao, «Emperor Joseph's Solution to Coronavirus», *The Wall Street Journal*,6 de abril de 2020,<https://www.wsj.com/ articles/emperor-josephs-solution-to-coronavirus11586214561>.

[4] «Portugal to treat migrants as residents during coronavirus crisis», Reuters, 28 de marzo de 2020, <https://uk.reuters.com/article/uk-healthcoronavirus-portugal/portugal-to-treat-migrantsas-residents-during-coronavirus-crisis-idUKKBN 21F0MC?fbclid=IwAR0acRUKh5JwK6P0ZJo7HZeLXSR-DEWLLtog88uBj5UPAQVvxE6rI GKhy1Y>.

[5] Charles S. Maier, *Once Within Borders*, Harvard University Press, 2016.

[6] *Ibid*.

[7] Palabras de Holmes en una conversación personal.

[8] David Goodhart, *Road to Somewhere*, Hurst & Co. Publishers, 2017.

[9] Bruno Latour, *Où aterrir? Comment s'orienter en politique*, Éditions La Découverte, 2017. [Hay trad. cast.: *Dónde aterrizar*, Taurus, 2019.]

Capítulo 2

[1] «Alarm as 2 billion people have parliaments shut or limited by COVID-19»,*openDemocracy*, 8 de abril de 2020, <https://www.opendemocracy.net/ en/5050/alarm-two-billion-people-have-parliaments-suspended-or-limited-covid-19/>.

[2] Steven Levitsky y Daniel Ziblatt,*How Democracies Die*, Crown, 2018. [Hay trad. cast.: *Cómo mueren las democracias*, Ariel, 2018.]

[3] David Runciman,*How Democracy Ends*, Profile Books,2018.[Hay trad.cast.:*Así termina la democracia*, Ediciones Paidós, 2019.]

[4] Entrevista al presidente del Partido Popular Europeo Donald Tusk, «The Economy Needs Is a Blitzkrieg», *Der Spiegel*, 21 de abril, 2020: <https://www.spiegel.de/international/europe/donaldtusk-what-the-economy-needs-is-a-blitzkrieg-a382b2e03-3f48-412c-9973-9a883e913f5e>.

[5] El propio primer ministro húngaro declaró que Hungría es una democracia parcial.

[6] «The "Ostrich Alliance": The Leaders Denying the Coronavirus Threat», *Financial Times*, 17 de abril de 2020, <https://www.ft.com/content/974 dc9d2-77c1-4381-adcd-2f755333a36b>.

[7] Ira Katznelson, *Fear Itself:The New Deal and the Origins of Our Time*, Liveright, 2014, p. 33.

[8] Mark Hannah y Caroline Gray, «Global Views of American Democracy: Implications for Coronavirus and Beyond», *EGF Report*, abril de 2020, <https://egfound.org/stories/independentamerica/modeling-democracy/#china>.

[9] «Germany says China sought to encourage positive COVID-19 comments», Reuters, 26 de abril de 2020, <https://www.reuters.com/article/us-health-coronavirus-germany-china/germanysays-china-sought-to-encourage-positive-covid19-comments-idUSKCN2280JW>.

[10] Jamil Anderlini, «Why China is Losing the Coronavirus Narrative», *Financial Times*, 19 de abril de 2020, <https://www.ft.com/content/8d7842fa8082-11ea-82f6-150830b3b99a>.

[11] John Updike,*Rabbit at Rest*, Penguin books, 1991, pp. 442-443. [Hay trad. cast.: *Conejo en paz*, Tusquets, 2015.]

[12] Italo Calvino, *The Watcher and Other Stories*, Harvest, 1975. [Hay trad. cast.: *La jornada de un escrutador*, Siruela, 1975.]

[13] «Bill Gates brutal reality check on the coronavirus reopening», *Axios*, 24 de abril de 2020, <ttps://www.axios.com/bill-gates-coronavirusreopening-warning-a3e14558-9b71-40b4-9ca516edafe67dee.html>.

[14] Siegfried Kracauer, *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film*, Princeton University Press, 2019, p.54. [Hay trad. cast.: *De Caligari a Hitler: Una historia psicológica del cine alemán*, Ediciones Paidós, 1985.]

[15] Elias Canetti, *The Conscience of Words*, HarperCollins, 1979. [Hay trad. cast.: *La conciencia de las palabras*, Galaxia Gutemberg, 2012.]

[16] Thomas L. Friedman, «The Square People», *The New York Times*, 13 de mayo de 2014: <https:// www.nytimes.com/2014/05/14/opinion/fried man-the-square-people-part-1.html>.

[17] Benedict Evans, «COVID and forced experiments», *ben-evans.com*, 13 de abril de 2020: <ht tps://www.ben-evans.com/benedictevans/2020/ 4/13/covid-and-forced-experiments>.

[18] Michelle Baddeley, *Copycats and Contrarians*, Yale University Press, 2018, p. 6.

[19] Frank H Knight, *Risk, Uncertainty, and Profit*, The Riverside Press, 1921. [Hay trad. cast.:*Riesgo, incertidumbre y beneficio*, Aguilar, 1947.]

[20] Pierre-Joseph Proudhon, *General Idea of the Revolution in the Nineteenth Century*, University Press of the Pacific, 2004, p. 294. [Hay trad. cast.:*Idea general de la revolución en el siglo XIX*, Editorial Stirner, 2015.]

[21] Giorgio Agamben, «Lo stato d'eccezione provocato da un'emergenza immotivata», *Il manifesto*, 26 de febrero de 2020, <https://ilmanifesto.it/lo-stato-deccezione-provocato-da-unemergenzaimmotivata/?fbclid=IwAR17ciygOzmIpolNxA Cx8WMoRzrPpePxJMN0Tns7ni69ZfwO_Qz mHYeYXVk%5C>.

[22] Supongamos que las autoridades han capturado a una persona que tiene conocimientos sobre un inminente ataque terrorista en el que van a morir muchas personas, y que únicamente revelaría esa información indispensable para prevenir el ataque si es torturado; en tal caso, ¿habría que torturarlo?

[23] Ira Katznelson,*Fear Itself:The New Deal and the Origins of Our Time*, Liveright, 2014, p. 32.

[24] Ewa Atanasow e Ira Katznelson, «Governing Exigencies: On Liberal Democracy and

National Security», *The Governance Report 2017*, Hertie School of Governance, Oxford University Press, 2017, pp. 95-110.

Conclusiones

[1] José Saramago, *Blindness*, Harvest Books, 1999. [Hay trad. cast.:*Ensayo sobre la ceguera*, Punto de lectura, 2020.]

[2] *Ibid*.

[3] Jason Willick, «How Epidemics Change Civilizations», *The Wall Street Journal*, 27 de marzo de 2020, <https://www.wsj.com/articles/how-epide micschange-civilizations-11585350405>.

[4] Gideon Rachman, «Nationalism is a Side Effect of Coronavirus», *Financial Times*, 23 de marzo de 2020, <https://www.ft.com/content/644fd9206cea-11ea-9bca-bf503995cd6f>.

[5] Vladimir Bogoeski, «The German asparagus saga», *IPS Journal*, 1 de mayo de 2020, <https://www.ips-journal.eu/regions/europe/article/show/ the-german-asparagus-saga-4321/>.

Índice